

**UNIVERSIDAD CATÓLICA DE TRUJILLO
BENEDICTO XVI**

FACULTAD DE TEOLOGÍA

CARRERA PROFESIONAL DE TEOLOGÍA



**LA HUMANIDAD DEL VERBO ENCARNADO QUE
SALVA**

**TESIS PARA OBTENER EL TÍTULO PROFESIONAL DE
LICENCIADO EN TEOLOGÍA**

**AUTOR
CARLOS ALBERTO CORTEZ ZAMORA**

**ASESOR
R. P. ADOLFO GUEVARA ZAGACETA**

**TRUJILLO – PERÚ
2017**

Embargado de un sentimiento profundo y lleno de afecto, dedico este trabajo a mi madre Florinda Zamora Rojas, por su oración constante en mi perseverancia.

A mi gran amigo, el Dr. Juan Ortiz Cuba, por su apoyo y motivación constante en mi Camino Vocacional.

Quiero agradecer en primer lugar a Dios, que por su infinita bondad me fue guiando en el desarrollo de esta tesina, a mi asesor el R. P. Adolfo Guevara Zagaceta y a quienes constantemente me alientan a dar lo mejor de mí.

ÍNDICE GENERAL

	Pág.
Dedicatoria.	3
Agradecimiento.	4
Índice.	5
Introducción.	7

CAPÍTULO PRIMERO

I. LA HUMANIDAD DEL VERBO ENCARNADO.

1. La encarnación del Verbo.	12
1.1.Finalidad de la Encarnación.	14
1.2.La Encarnación. Acontecimiento Trinitario.	15
1. 3.Se encarnó en el seno de María Virgen.	16
2. Jesús, hombre único y verdadero: revelación personal del Padre.	18
2.1.Una humanidad dentro de la historia.	19
2. 2.Una humanidad que engloba en sí el sentido de Dios y del hombre.	20
3. Valor salvífico de la humanidad de Cristo.	21
3.1.Una humanidad singular. Hombre “nuevo”.	22
3.2.Una humanidad salvadora.	23

II. CRISTO SALVADOR.

1. Necesidad de la Salvación.	26
1.1. La Salvación, plenitud de vida.	27
1.2. Importancia y posibilidad de la Salvación.	29
1.3. Voluntad salvífica universal de Dios.	31

1.4. Por nosotros, por nuestros pecados, para una vida plena.	33
2. Cristo, Salvador único y definitivo de la humanidad.	36
2.1. La identidad del Salvador.	37
2.2. El acontecimiento Cristo. Centro de la Historia de la Salvación.	38
2.3. Cristo, referencia primera y única de Salvación.	40
2.4. Cristo, Salvador universal.	42
3. El misterio Pascual. Acontecimiento salvífico por excelencia.	44
3.1. La cruz gloriosa del Salvador.	45
3.2. La muerte de Jesús en la cruz como expiación.	48
3.3. La pasión y muerte de Jesús “merecen” nuestra Salvación.	51

III. LA RESURRECCIÓN DE JESÚS “MISTERIO DE SALVACIÓN” Y SU PRESENCIA REAL EN LA IGLESIA “SACRAMENTO DE SALVACIÓN”

1. El acontecimiento de la Resurrección.	54
1.1. Naturaleza de la Resurrección.	55
1.2. Significado salvífico de la Resurrección.	57
2. La Iglesia, sacramento de salvación.	58
2.1. La Iglesia: misionera de la salvación.	60
2.2. La Iglesia. Lugar de encuentro con el Salvador.	61
Conclusión.	63
Bibliografía.	67

INTRODUCCIÓN

Estas páginas aspiran a ser, ni más ni menos, una investigación de índole bibliográfica sobre la Humanidad del Verbo Encarnado que salva. Esto, tal vez, implica una intrepidez personal, ya que no será fácil su desarrollo, tanto por la amplitud que encierra en sí mismo el tema, como por la extensa bibliografía que al respecto han desarrollado muchos autores. Por eso, pretender abarcar toda esta amplia información resultaría imposible; de ahí que los tres capítulos del presente informe solo intentarán acercarse a una explicación esquemática y concisa.

Aquí tienen al hombre (Jn 19, 5). Esta afirmación presenta de manera contundente y sin temor que Jesús fue verdadero hombre; a Él, los primeros apóstoles, concretamente Pedro, lo reconoció como “el Cristo, el Hijo de Dios vivo” (Mt 16, 16). Por eso, Él es el enviado de Dios, en Él está la esperanza y el consuelo de la humanidad que sufre; Él, en definitiva, es el hombre que “ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido” (Lc, 19, 10), pues, “no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debamos salvarnos” (Hch 4, 12).

Por tanto, Jesucristo verdadero Dios y verdadero Hombre, es el Salvador de la humanidad; tal es el misterio central de la fe cristiana que se ha profesado desde la era apostólica en adelante. Él se ha constituido en camino de salvación, de ahí que, solo por Él y en Él el hombre puede llegar a ser hijo de Dios.

Ante lo expuesto, surgen innumerables preguntas que, desde luego, serán el hilo conductor que facilitará la exposición de los diferentes apartados de este informe; así, por ejemplo, resulta vital preguntarse ¿Desde qué aspecto, momento o acontecimiento es posible hablar de la humanidad del Hijo de Dios? ¿Cómo entender dicha humanidad frente a la nuestra? ¿Hasta qué punto se puede determinar su dimensión salvadora? Y si es verdad que Cristo vive ¿Dónde está presente? ¿Dónde se manifiesta como Salvador al hombre? Y de nuestra parte ¿qué nos corresponde hacer como seres salvados por la gracia de Dios?

Estas y otras cuestiones se irán exponiendo a lo largo del desarrollo de los tres capítulos que comprende el presente trabajo, buscando, desde luego, consolidar la vida de fe de quienes se sienten necesitados de un Salvador humano y sobre todo cercano a la realidad concreta de

los hombres. Tal es el objetivo que ha despertado el interés, el esfuerzo y el empeño de la redacción de las siguientes páginas que el lector tiene a su alcance.

Ahora bien, comprender y aceptar la situación real de la vida humana, tal como se realiza hoy, conlleva una preocupación muy profunda y seria; ya que, ante la saturada materialidad de la vida moderna y actual, se puede ver que el hombre se está alejando con más fuerza de todo aquello cuanto conlleva la creencia en Dios y la práctica religiosa.

La situación es aún más preocupante, sobre todo cuando no solamente se da en las sociedades de gran progreso y comodidad material, sino incluso en las naciones cuya vivencia religiosa está muy marcada, donde parecería que la humanidad misma, por su ritmo de vida, se encamina de forma responsable hacia la realización, el equilibrio y la madurez, tanto en su dimensión humana como espiritual, de su ser persona. Esto, desde luego, evidencia la escasa profundidad de fe en la vida cotidiana, creyendo que por el solo hecho de cumplir el deber religioso, es suficiente para dejar entrar a Dios en sus vidas y abrazar así la salvación que trae al mundo.

En consecuencia, se puede decir que el hombre contemporáneo ya no se preocupa ni se cuestiona sobre el problema de la salvación, no sabe ya quién es ni para qué existe; el drama que hoy padece es su pérdida de identidad, ya que, sumergido en la incertidumbre y desconcierto se ha vuelto tan irresponsable ante su propia vida que, al único puerto que va a llegar solo será la desdicha y la desesperanza, pues ¿De qué le servirá al hombre ganar el mundo entero, si arruina su vida? (Mt 16, 26).

Sin embargo, es en medio de esta humanidad sufriente donde el amor misericordioso de Dios quiso manifestarse en su Hijo, este es el Salvador que ha renovado la esperanza y llenado de gozo el corazón de los hombres.

Esto es lo que se pretende desarrollar de forma organizada y esquemática; antes bien, se pide a los posibles lectores, comprensión y disculpas si en el transcurso de los textos se encuentran con posibles limitaciones: ya sea en el contenido, la estructura o la redacción. Desde luego, se ha integrado todo el interés, esfuerzo, voluntad, compromiso y sobre todo el asesoramiento, quien con las sugerencias y orientaciones ha hecho posible la realización de este trabajo.

Con respecto al contenido de la presente reflexión, se ha creído conveniente estructurarlo en tres capítulos, cada uno de ellos a su vez en subcapítulos; esto con la finalidad de facilitar tanto la comprensión como la redacción de los ítems propuestos. Desde luego, como todo trabajo serio, se incluirá al final la conclusión general y la bibliografía completa de los libros que han sido un apoyo crucial en la fundamentación temática.

En el primero se expondrá la Humanidad del Verbo, donde se intentará reflexionar sobre los aspectos que implica tal acontecimiento dentro del plan salvífico de Dios. Además, se intentará analizar la finalidad de la Encarnación, que desde luego no solo es para estar en medio de nosotros; incluso se verá la participación Trinitaria de este acontecimiento de autorrevelación divina que acaeció en el seno de la Virgen María, gracias a su plena aceptación de la voluntad del Padre.

Una vez expuesto el tema de la Encarnación, la segunda parte de este capítulo hará mención a la verdadera humanidad de Jesús, hombre único y verdadero, manifestado dentro del espacio y tiempo, que engloba en sí el sentido de Dios y del hombre, constituyéndose así en el lugar personal de encuentro entre la divinidad y la humanidad. Finalizará este primer capítulo la reflexión sobre el valor salvífico que encierra en sí la humanidad de Cristo, esto como la voluntad de Dios Padre, resultando determinante en el proyecto de salvación universal.

El segundo capítulo se constituye como el centro temático y punto máximo de todo el esquema propuesto en el presente informe. Aquí se enfocará los aspectos esenciales que involucra el misterio salvífico de Dios, por mediación de su Hijo, en favor de la humanidad.

Para tal propósito, se ha creído conveniente estructurar el texto de este capítulo en tres apartados: en la primera se desarrollará la naturaleza en sí de la “salvación”, su importancia para el hombre, su posibilidad, la participación principal de Dios en favor de los hombres, entre otros aspectos de gran importancia. La segunda parte se centralizará más concretamente en Cristo como Salvador único y definitivo de la humanidad, inserto, desde luego, en la historia, una historia propiamente salvífica. Finalmente, el último apartado, se orientará en el misterio pascual como acontecimiento salvífico por excelencia, puesto que, constituye la realización plena de la salvación y al mismo tiempo su máxima revelación.

El tercer y último capítulo desarrollará en sus páginas ***la Resurrección de Jesús “misterio de salvación” y su presencia real en la Iglesia “sacramento de salvación”***. Aquí el

lector encontrará dos apartados. La primera responderá a dos cuestiones de vital importancia, a decir, ¿cuál es la naturaleza de la resurrección que experimentó Jesús? ¿Qué significación salvífica podría manifestar tal acontecimiento en la vida de los creyentes? Partiendo, desde luego, de la afirmación que el Salvador vive, pues “si Cristo no hubiera resucitado, nuestra predicación es vana, y vana también nuestra fe” (1Cor 15, 14).

La segunda parte gira en torno a una triple figura de la Iglesia, a decir, como sacramento de salvación, como misionera de la misma y como lugar de encuentro con el Salvador. Esta parte tiene una profunda conexión con la primera, ya que, la Iglesia existe en virtud de la resurrección, por la cual Jesús fue constituido Señor y Cristo. Por eso, el propósito que buscará la Iglesia, será la instauración del Reino de Dios en el mundo y la salvación de todo el género humano.

Con la conclusión general, se espera plasmar de manera sucinta los aspectos más resaltantes de todo el tema desarrollado, así como, responder las posibles expectativas que en el lector haya surgido. Además, uno podrá percibir que en esta parte final del informe, se encuentra la parte aplicativa del tema general, pues, ¿de qué sirve desarrollar un tema que solo se limita a lo doctrinal y en nada se involucra con la vida?

Finalmente, adviértase que esta conclusión está enfocada desde la reflexión, con el propósito de llamar a la concientización que el ser humano debe asumir frente a los planes que Dios tiene para su vida, aceptándola con plena confianza y, sobre todo, con la libertad de corresponder generosamente a sus designios.

CAPÍTULO PRIMERO

I. LA HUMANIDAD DEL VERBO ENCARNADO.

En el texto Sagrado se plantea una pregunta de trascendental importancia para la vida del creyente, a decir, ¿con quién asemejaréis a Dios? (Is 40, 18) ¿Quién puede tener una imagen que nos represente al Dios verdadero? Tales preguntas revelan la intención del hombre al pretender encontrar una imagen representativa del Dios Único y Verdadero, a pesar que en (Ex 20, 4) el mandato es determinante: “No te harás ni escultura ni imagen alguna de lo que hay arriba en los cielos, abajo en la tierra o en las aguas debajo de ella”.

Ahora bien, en (Gn 1, 26) se puede apreciar que Dios mismo, a su imagen y semejanza, creó al hombre; cada ser humano, por lo tanto, es imagen de Dios. Entonces, frente a la realidad de Jesús “verdadero Hombre” ¿Hasta qué punto es posible hablar de su semejanza frente a Dios? o más aún ¿Cuál es la imagen de Dios que en Él descubrimos?

Un texto paulino afirma que Cristo es “imagen del Dios invisible” (Col 1, 15), más aún, “es el hombre perfecto que restituyó a los hijos de Adán la semejanza divina, deformada desde el primer momento”¹. “En Él es el misterio mismo de Dios el que se revela”². Esto es lo más fundamental de la doctrina cristiana, es la verdad de fe que constituye y separa al cristianismo de otras religiones que adoran a un Dios distante e incomprensible. De ahí que “la originalidad, unicidad y verdad del cristianismo se encuentra en la profesión de que este Dios trascendente, incluso permaneciendo tal, se ha hecho auténtico hombre”³.

Este verdadero Hombre es el fin de la historia humana, “es el centro del género humano, gozo de todos los corazones y plenitud de sus aspiraciones”⁴. Por eso, como creyentes se tiene

¹ DENZINGER – HÜNERMANN. *El Magisterio de la Iglesia*, HERDER, Barcelona, 1999, n. 4322.

² LUNEAU, Rene. *Jesús, el hombre que “evangelizó” a Dios*, SAL TERRAE, París, 1999, p. 16.

³ AMATO, Ángelo. *Jesús el Señor*, BAC, Madrid, 2009, p. 445.

⁴ DENZINGER – HÜNERMANN. *El Magisterio de la Iglesia*, HERDER, Barcelona, 1999, n. 4345.

la plena convicción que Dios, en verdad, asumió plenamente la condición humana. Esto es lo que configura y fortalece de modo constante la vida de fe, pues, el Creador abrazó la humanidad no en lo abstracto, “sino en un hombre concreto, individualizado e histórico”⁵.

Por lo tanto, Jesús es el auténtico hombre que desde su pequeñez y pobreza ha mostrado al Padre, de ahí que, Leonardo Boff afirme que *el Dios que en Jesús y por Jesús se revela, es humano*; Sullivan, por su parte, dirá que “Jesús es lo que acontece cuando Dios habla sin obstáculos en un hombre”⁶.

Este primer capítulo buscará desarrollar los aspectos más importantes sobre la Encarnación del Verbo, concretamente la dimensión humana del Verbo como presupuesto en el plan salvífico de Dios. Desde luego, no se desarrollará todos los concilios cristológicos que hablaron sobre la humanidad de Cristo, o sobre su Encarnación, aunque es bien cierto que toda esta gama doctrinal fue determinante y trascendental; por ello, en el desarrollo de este capítulo, se podrá notar las constantes referencias al Magisterio, a la Sagrada Escritura, a los aportes de grandes teólogos y a la Tradición.

4. La encarnación del Verbo.

La Iglesia llama **Encarnación** al “hecho de que el Hijo de Dios haya asumido una naturaleza humana para llevar a cabo por ella nuestra salvación”⁷; ésta es la doctrina que profesa cada cristiano. Pero entiéndase la encarnación de un modo dinámico porque “no

⁵ BOFF, Leonardo. *Jesucristo el Libertador. Ensayo de cristología crítica para nuestro tiempo*, SAL TERRAE, España, s.d., p. 210.

⁶ LUNEAU, Rene. *Jesús, el hombre que “evangelizó” a Dios*, SAL TERRAE, París, 1999, p. 17.

⁷ CEC. (n. 461)

culminó con la concepción del Verbo en el seno de la Virgen, allí irrumpió, pero únicamente para seguir creciendo a medida que la vida crecía y se manifestaba”⁸. San Lucas así lo atestigua “crecía en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres” (Lc 2, 52).

Por otro lado, cuando se habla de Encarnación, pareciera que solo se centraliza en Jesucristo, pero como ya se ha dicho, en Él hay una humanidad semejante a la nuestra, por esto involucra también a la naturaleza y al destino de cada hombre; de ahí que, Leonardo Boff dirá que por la Encarnación llegamos a saber quiénes somos realmente y cuál es nuestro destino final.

Ahora bien, en palabras de Angelo Amato, la Encarnación constituye el acontecimiento central de la Historia de la Salvación del hombre, en lenguaje paulino, en cambio, se la considera como “el misterio escondido desde siglos por generaciones, pero manifestado ahora a sus santos” (Col 1, 26). Por esta razón, es posible decir que la Encarnación es a la vez “el misterio por excelencia”⁹.

Un Sínodo de Roma (680), al respecto de tal misterio, considera que “el Verbo fue engendrado del Padre, por nosotros y nuestra salvación en los últimos tiempos del mundo y bajó de los cielos y se encarnó del Espíritu Santo y de la santa y siempre Virgen María”¹⁰.

Ángelo Amato dirá, más aún, que la Encarnación es el “descenso existencial e histórico del Hijo de Dios en la realidad de su carne mortal, con todos los acontecimientos esenciales de la vida humana y con el acontecimiento decisivo y único de la Resurrección”¹¹.

Por otro lado, el Credo Niceno-Constantinopolitano afirma: “por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó del cielo, y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María la Virgen y se hizo hombre”. De antemano, es necesario considerar desde ya, que este “hacerse carne” no se reduce sólo a lo corporal, pues “carne” en la enseñanza de Juan Pablo II, implica

⁸ BOFF, Leonardo. *Jesucristo el Libertador. Ensayo de cristología crítica para nuestro tiempo*, SAL TERRAE, España, s.d., p. 210.

⁹ AMATO, Ángelo. *Jesús el Señor*, BAC, Madrid, 2009, p. 440.

¹⁰ DENZINGER – HÜNERMANN. *El Magisterio de la Iglesia*, HERDER, Barcelona, 1999, n. 547.

¹¹ AMATO, Ángelo. *Jesús el Señor*, BAC, Madrid, 2009, p. 444.

al hombre concreto que comprende la corporeidad, y por tanto, la precariedad, la debilidad, el cansancio, el dolor.

Hasta aquí, entonces, es posible afirmar que el acontecimiento de la Encarnación “no es un accidente, sino que pertenece al plan original de Dios, que nos quiere configurar con su Hijo para que alcancemos la filiación”¹². De ahí que, en Jesucristo, su Hijo Unigénito, Dios mismo viene al encuentro del hombre, a llenarle de vida, a fortalecerle en el amor pleno y verdadero, y sobre todo, a renovar su esperanza de poder alcanzar la salvación.

4.1.Finalidad de la Encarnación.

Cristo ha asumido en verdad y plenamente la naturaleza humana, íntegra y perfecta, concebida en el seno virginal de María por virtud del Espíritu Santo; pues, “nada faltó a la naturaleza humana asumida por el Verbo de Dios; en verdad, Él la posee sin ninguna disminución, tanto en los elementos constitutivos espirituales cuanto en los corporales”¹³.

Pero el cumplimiento de todo ello ha tenido que acontecer por alguna razón, ¿cuál es, en definitiva, la finalidad por la que Dios quiso encarnarse y hacerse hombre como nosotros?

Desde luego, Dios quiso encarnarse para salvarnos, reconciliándonos con Él en su Hijo; pues, fue en su infinito e inagotable amor por nosotros que nos envió a su Único Hijo Jesucristo como propiciación para el perdón de nuestros pecados (cf. 1 Jn 4, 10). Lo envió para ser Salvador del mundo (cf. 1 Jn 4, 14). Así, el hombre, necesitado de la misericordia del Padre, teniendo una naturaleza limitada y frágil, ha recibido el don de salvación en Cristo, quien en su entrega ha hecho que nuestra humanidad sea “llenada de su divina realidad”¹⁴.

También se debe enfatizar que el Verbo se encarnó para que nosotros conociésemos así el amor de Dios, el evangelista San Juan así lo presenta, a decir, “porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único” (Jn 3, 16), también en una de sus cartas afirma, “En esto se

¹² URÍBARRI, Gabino. *La Singular Humanidad de Jesucristo. El tema mayor de la cristología contemporánea*, COMILLAS, Madrid 2008, p. 408.

¹³ DENZINGER – HÜNERMANN. *El Magisterio de la Iglesia*, HERDER, Barcelona, 1999, n. 3923.

¹⁴ BOFF, Leonardo. *Jesucristo el Libertador. Ensayo de cristología crítica para nuestro tiempo*, SAL TERRAE, España, s.d., p. 215.

manifestó entre nosotros el amor de Dios; en que Dios envió al mundo a su Hijo, para que vivamos por medio de Él” (1 Jn 4, 9).

Por otro lado, también es posible decir que el Verbo se encarnó ya no sólo para ser nuestro modelo de vida, sino sobre todo para ser modelo de santidad; pues, el Hijo de Dios nos mandó “aprended de mí” (Mt 11, 29); además, es el único camino que nos conduce al Padre “nadie va al Padre sino por mí” (Jn 14, 6). Él es, en efecto, “el modelo de las bienaventuranzas, la norma de la Ley nueva”¹⁵, por ello el Padre pide “Éste es mi Hijo amado, escuchadle” (Jn 9, 7).

Finalmente considérese que el Verbo se encarnó para estar en medio de nosotros, es decir, para compartir nuestro espacio y tiempo, adentrándose en nuestra propia historia; así, en la encarnación del Verbo “el Eterno entra en el tiempo, el Todo se esconde en la parte y Dios asume el rostro del hombre”¹⁶. Por ello, el tiempo de la historia ya no es la simple historia del ser humano, ahora se constituye y se valora como historia sagrada. Pues, la encarnación, en cuanto centro del tiempo, confiere a la historia su significado y su valor salvífico¹⁷.

4.2.La Encarnación. Acontecimiento Trinitario.

De las tres personas de la divinidad, “solo el Hijo salió del misterio y de la intimidad del Padre para la redención del género humano”¹⁸. Solo en el Hijo hemos visto al Padre y solo por Él retornaremos al Padre; pero en el momento de la Encarnación ¿Cuál fue la participación de la Santísima Trinidad? Más aún ¿tuvieron en ello participación alguna el Padre y el Espíritu Santo?

¹⁵ Catecismo de la Iglesia Católica. *Nueva Edición conforme al texto latino oficial de 1997*. EPICONSA, n. 459.

¹⁶ JUAN PABLO II, Carta encíclica: *Fides et Ratio. Sobre las relaciones entre la fe y la razón*. EPICONSA, 14 de septiembre 1998, n. 12.

¹⁷ AMATO, Ángelo. *Jesús el Señor*, BAC, Madrid, 2009, p. 6.

¹⁸ DENZINGER – HÜNERMANN. *El Magisterio de la Iglesia*, HERDER, Barcelona, 1999, n. 491.

Lo fundamental de la fe es que el Señor Jesucristo, mandado por el Padre, vino a este mundo para salvar, justificar y a reconciliar al hombre con el Creador, su Padre, por medio del acontecimiento de la Encarnación, obra externa de Dios más grande sin duda. Pero sobre todo es “obra común de toda la Trinidad”¹⁹. Pues, ya en Gál 4, 4-6 es posible percibir la participación trinitaria del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo en la Encarnación. Ésta es, por lo tanto, “el acontecimiento de la autorrevelación de Dios como comunión trinitaria para nosotros”²⁰.

Ahora bien, según lo atestigua el Evangelio de San Juan “el Verbo de Dios se hizo carne y habitó entre nosotros” (Jn 1, 14), es posible afirmar que no toda la Trinidad se hizo carne sino solo el Hijo de Dios. Pero en todo el acontecimiento de este Hijo, desde su nacimiento hasta su Resurrección, el Padre aparece como el agente principal, pues, es el enviado del Padre para cumplir su voluntad en el mundo, así lo muestra San Juan, “en verdad, en verdad os digo que el Hijo no puede hacer nada por su cuenta, sino lo que ve hacer al Padre” (Jn 5, 19).

Por otro lado, la misión del Espíritu Santo está siempre unida y ordenada a la del Hijo (cf. Jn 16, 14-15), pues, al ser concebido como hombre en el seno de la Virgen, es ungido por el Espíritu Santo; de ahí que, desde el comienzo de la existencia terrena de Jesús, se la puede enmarcar como obra del Espíritu “el Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra” (Lc 1, 35), hasta el comienzo de su misión, en su bautismo bajó sobre Él el Espíritu Santo (Lc 3, 22). Por lo tanto, la Encarnación, aun cuando se ha realizado por toda la Trinidad, sin embargo “se atribuye como propio al Espíritu Santo”²¹.

Finalmente, a la luz de la enseñanza católica, se considera que “el Espíritu Santo fue enviado para santificar el seno de la Virgen María y fecundarla por obra divina, haciendo que ella conciba al Hijo Único del Altísimo en una humanidad tomada de la suya”²². Ella, entonces,

¹⁹ DENZINGER – HÜNERMANN. *El Magisterio de la Iglesia*, HERDER, Barcelona, 1999, n. 801.

²⁰ AMATO, Ángelo. *Jesús el Señor*, BAC, Madrid, 2009, p. 445.

²¹ DENZINGER – HÜNERMANN. *El Magisterio de la Iglesia*, HERDER, Barcelona, 1999, n. 3327.

²² CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA. *Nueva Edición conforme al texto latino oficial de 1997*. EPICONSA, n. 485.

por la acción del Espíritu, “está en el comienzo de una nueva creación”²³. Por ello, al hablar de la Encarnación del Hijo de Dios, no es posible dejar al margen la figura de la Virgen María.

4.3. Se encarnó en el seno de María Virgen.

“Cuando el Hijo eterno de Dios, para redención y gloria del hombre, quiso tomar naturaleza de hombre, no lo hizo antes del consentimiento libre de la que estaba designada para ser Madre suya”²⁴. Ella tan solo correspondió humildemente a la invitación del ángel Gabriel “He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra” (Lc 1, 38). Esta es la Virgen María, quien en la afirmación del símbolo Niceno-Constantinopolitano “es introducida en la realidad trinitaria del misterio de la humanización del Hijo de Dios”²⁵.

Entonces, gracias al *Fiat* de María se puede decir que Dios vuelve a habitar en medio de su pueblo. Ella es el nuevo templo donde habita Dios, la nueva arca de la alianza, o en términos ya más actuales, ella se constituye como el primer sagrario donde habitó la plena divinidad. Todo esto es gracias a que “por su fe y su obediencia engendró en la tierra al Hijo mismo del Padre, y esto sin conocer varón, cubierta por la sombra del Espíritu Santo”²⁶.

Hasta aquí, se puede apreciar que la Encarnación, en el que “el trascendente se hace inmanente, la humanidad se convierte en interlocutora y colaboradora de Dios”²⁷, concretamente es la colaboración libre y personal de María, que desde su fe en el poder misericordioso de Dios, asiente con humildad ser la Madre del Salvador. Este asentimiento constituye, entonces, el punto de partida y la posibilidad interna de la redención.

Ahora bien, María en la anunciación para dar su asentimiento libre a tal invitación era preciso que estuviese totalmente conducida por la gracia de Dios, así lo demuestra el saludo del

²³ AMATO, Ángelo. *Jesús el Señor*, BAC, Madrid, 2009, p. 466.

²⁴ DENZINGER – HÜNERMANN. *El Magisterio de la Iglesia*, HERDER, Barcelona, 1999, n. 3274.

²⁵ AMATO, Ángelo. *Jesús el Señor*, BAC, Madrid, 2009, p. 463.

²⁶ Concilio Ecuménico Vaticano II. Constitución Dogmática: *Lumen Gentium*, 21 de noviembre 1964, n. 63.

²⁷ AMATO, Ángelo. *Jesús el Señor*, BAC, Madrid, 2009, p. 481.

Ángel “llena de gracia” (Lc 1, 28). También lo enseña el Concilio Vaticano II en *Lumen Gentium* n. 56 presentando a María como verdadera Madre de Dios y del Redentor, hija predilecta del Padre y sagrario del Espíritu Santo, redimida de un modo eminente y enriquecida con suma dignidad, en atención a los méritos de su Hijo y unida a Él con indisoluble vínculo.

Por ello, a la Virgen María se la reconoce y se la venera como Madre de Dios y del Redentor. Más aún, como dirá san Agustín en *De Virginitate* 6, es “Madre de los miembros (de Cristo) porque colaboró con su amor a que nacieran en la Iglesia los creyentes, miembros de aquella Cabeza”. Esta maternidad de María, desde luego, “perdura sin cesar en la economía de la gracia, desde el consentimiento que dio fielmente en la Anunciación, y que mantuvo sin vacilar al pie de la cruz, hasta la realización plena de todos los escogidos”²⁸.

Finalmente, a la luz del Concilio Vaticano II, se afirma que la Virgen María, “concibiendo a Cristo, engendrándolo, alimentándolo, presentándolo al Padre en el templo, sufriendo con su Hijo que moría en la cruz, colaboró de manera totalmente singular a la obra del Salvador por su fe, esperanza y ardiente amor, para restablecer la vida sobrenatural de los hombres. Por esta razón es nuestra Madre en orden a la gracia”²⁹.

5. Jesús, hombre único y verdadero: revelación personal del Padre.

Se ha expuesto anteriormente que Jesús “imagen de Dios invisible” (Col 1, 15) es el hombre perfecto que restituyó a los hijos de Adán la semejanza divina, deformada desde el primer momento. En Cristo y solo en Él el hombre alcanza y descubre su fuente de realización, por ello, desde que el Hijo de Dios consideró, con su encarnación, habitar en medio de nosotros, se ha unido, en cierto modo, con todo hombre.

Al respecto, Pablo VI reafirmó que “dado a que el Hijo de Dios se ha hecho hombre, ya no hay hombre que no sea su hermano en cuanto a la humanidad y que no esté llamado a ser

²⁸ DENZINGER – HÜNERMANN. *El Magisterio de la Iglesia*, HERDER, Barcelona, 1999, n. 4176.

²⁹ CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II. Constitución Dogmática: *Lumen Gentium*, 21 de noviembre 1964, n. 61.

cristiano, para recibir de Él la salvación”³⁰. Por ello, en Cristo, nuestro Hermano mayor, el hombre descubre el compañero de camino, más aún, el único camino que conduce a la salvación plena y verdadera. Entonces, se puede decir que “realmente, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado”³¹.

Ahora bien, la humanidad asumida por el Hijo de Dios ¿es en verdad una humanidad como la nuestra? ¿Qué involucra o engloba? ¿Acaso su humanidad es más excelente que la nuestra por ser el Hijo de Dios? San Juan Pablo II en el desarrollo de sus catequesis consideró que Jesús mismo se presenta y se da a conocer como verdadero hombre, pues, “sólo un verdadero hombre ha podido sufrir como sufrió Jesús en el Gólgota, más aún, sólo un verdadero hombre ha podido morir como murió verdaderamente Jesús” (Juan Pablo II. “*Jesucristo, verdadero hombre*”. Lima 1988. n. 2 y 6).

De aquí se puede decir que Jesús experimentaba verdaderamente los sentimientos humanos (alegría, tristeza, indignación, admiración, amor, etc). Esto también es posible percibirlo en su niñez, pues, Él era como todo niño humano, trabajó con sus propias manos junto a José, participaba de su cultura, tradición, esperanza y sufrimiento. “Nada, pues, faltó a la naturaleza humana asumida por el Verbo de Dios; en verdad, Él la posee sin ninguna disminución, ni alteración, tanto en los elementos constitutivos espirituales cuanto en los corporales”³².

Gabino Uríbarri, por su parte, afirma que la humanidad de Jesucristo se ha manifestado dentro del espacio y tiempo, por ello es posible hablar del Jesús histórico, único hombre que revela al Padre, pues, Jesús mismo ha dicho: “el que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Jn 14, 9b). Entonces la humanidad del Verbo es una humanidad verdadera que revela definitiva, plena

³⁰ DECLARACIÓN DE LA CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE. Sobre el aborto. 18 de noviembre de 1974.

³¹ DENZINGER – HÜNERMANN. *El Magisterio de la Iglesia*, HERDER, Barcelona, 1999, n. 4322.

³² DENZINGER – HÜNERMANN. *El Magisterio de la Iglesia*, HERDER, Barcelona, 1999, n. 3923.

y completamente el rostro de Dios; pues, “tuvo a bien hacer residir en Él toda la plenitud de la divinidad” (Col 1, 19; 2 9).

En consecuencia, “cuanto más humano se presenta Jesús, tanto más se manifiesta Dios con Él. Cuanto más Dios es Jesús, tanto más se revela en Él el hombre”³². Esta afirmación permite percibir la profunda unidad de Dios y el hombre en Jesús, quien en su humanidad podemos hallar su divinidad, y la divinidad en su humanidad.

5.1.Una humanidad dentro de la historia.

Como creyentes se confiesa con plena libertad y profunda convicción que la clave, el centro y el fin de todo el afán humano o de su historia, está en el Señor, Pastor que salva y da vida. De aquí que la historia misma del ser humano esté ya íntimamente relacionada con la humanidad del Hijo de Dios, aquí convergen todos los anhelos del hombre, en Él descansan todos sus afanes y se gozan todos los corazones, pues, en Él ven la realización de sus aspiraciones.

Ahora bien, así como la historia del hombre se va desarrollando a medida que él mismo la va vivenciando libre y voluntariamente, así también la historia concreta de Jesús va desarrollándose desde su libertad, voluntad y obediencia a la voluntad de Dios (Flp 2, 8). Es así como este Jesús histórico, “alcanzando la perfección, se convirtió en causa de salvación para todos” (Heb 5, 8). Se puede decir, hasta aquí, que “la filiación divina del Hijo se despliega a través de una historia humana concreta”³³.

Entonces, el Verbo de Dios, por quien fueron hechas todas las cosas, hecho Él mismo carne y habitando entre nosotros (cf. Jn 1, 3. 14), entró en la historia del mundo, para revelar al hombre lo que ha de ser el hombre, pero sobre todo, para manifestarle el amor de Dios. Por ello, solo en el Hijo, el hombre alcanza la experiencia del profundo amor del Padre y solo en Él, a la vez, puede manifestarle su amor, aunque muy limitado e inferior al suyo.

³² BOFF, Leonardo. *Jesucristo el Libertador. Ensayo de cristología crítica para nuestro tiempo*, SAL TERRAE, España, s.d., p. 191.

³³ URÍBARRI, Gabino. *La Singular Humanidad de Jesucristo. El tema mayor de la cristología contemporánea*, COMILLAS, Madrid 2008, p. 398.

No es posible, por lo tanto, comprender a Jesucristo, el Hijo de Dios, haciendo de lado o ignorando su vida concreta que compartió entre los hombres; pues, la fe no puede, en definitiva, desarraigarse de la auténtica y firme historia de Jesús. Él es el camino de salvación en referencia que todos los hombres han de seguir con perseverancia, asintiendo generosamente a la gracia que por medio del Hijo da el Padre.

Por último, según Leonardo Boff, se puede hablar de un verdadero proceso encarnatorio, pues, “Dios iba asumiendo la naturaleza humana concreta de Jesús en la medida en que ésta se iba manifestando y desarrollando. Y también: la naturaleza humana de Jesús iba revelando la divinidad en la medida en que iba creciendo y madurando”³⁴.

5.2. Una humanidad que engloba en sí el sentido de Dios y del hombre.

En el Concilio de Calcedonia (300-305) se afirmó que el Hijo de Dios es perfecto en la divinidad y perfecto en la humanidad, Dios verdadero y hombre verdadero, semejante en todo a nosotros, menos en el pecado. Este Hijo es la “palabra última y definitiva de Dios a la humanidad” (Heb 1, 2). Es el Señor, el Dios con nosotros (*Enmanuel*, Mt 1, 23) que abrazando nuestra humildad nos ha rescatado de nuestra condición de pecado, instaurando en nuestros corazones el Reino de Dios.

Además, Cristo es “el lugar personal de encuentro y de diálogo entre la divinidad y la humanidad”³⁵. Es el punto de encuentro donde Dios y el hombre se hallan, en Él y por su mediación el hombre en sí puede experimentar a la misma divinidad; por ello, en Él somos amados por Dios y en Él y por Él llegamos a manifestar nuestro amor a Dios.

En Cristo, nos hacemos “partícipes de la naturaleza divina” (2 P 1, 4). Así, San Ireneo de Lyon dijo que, el hombre al entrar en comunión con el Verbo y al recibir así la filiación divina, se convierte en hijo de Dios. Por eso es que desde el bautismo el hombre se constituye

³⁴ BOFF, Leonardo. *Jesucristo el Libertador. Ensayo de cristología crítica para nuestro tiempo*, SAL TERRAE, España, s.d., p. 210.

³⁵ AMATO, Ángelo. *Jesús el Señor*, BAC, Madrid, 2009, p. 445.

hijo en el Hijo, san Atanasio de Alejandría, al respecto, será más enfático al decir que “el Hijo de Dios se hizo hombre para hacernos Dios”.

La humanidad de Cristo, entonces, manifiesta que como Hijo de Dios, bajó del cielo para la salvación del género humano. Para esto, “el Verbo de Dios se hizo hombre sin ninguna mutación, es, pues, verdadero Hijo de Dios y Él mismo verdadero hijo del hombre, perfecto

en la divinidad y Él mismo perfecto en la humanidad”³⁶. Es en este verdadero Dios y verdadero Hombre en quien, cada cristiano, ha dispuesto libremente su confianza.

6. Valor salvífico de la humanidad de Cristo.

Tan real y semejante a la naturaleza humana es la que ha asumido el Hijo de Dios, así lo ha manifestado San Pablo cuando dice que Cristo, “asumiendo semejanza humana y apareciendo en su porte como hombre, se rebajó a sí mismo” (Flp 2, 7b). Por eso nadie, hoy en día, duda de la realidad y la existencia del Jesús histórico, el verdadero hombre que nació de mujer, la Virgen María. Tanto es esta convicción que, si bien es cierto, es lo esencial que la fe predica y anuncia, sin embargo, se puede llegar hasta el punto de presentarlo como simplemente una humanidad más y no como la humanidad salvadora.

Ahora bien, a pesar de los datos históricos que se tiene de Jesús por las que ni siquiera, hombre alguno, se atrevería a poner en duda la realidad de su humanidad, es decir, el hecho de que sea un hombre como los demás, surgieron corrientes (como el docetismo, la herejía de Apolinar de Laoideca, el monotelismo, entre otros) que pretendieron negarlo, cuestionarlo o ponerlo en duda.

Se considera, entonces, necesario dedicar unas páginas en las que se pueda exponer la riqueza inagotable y la profundidad insondable del amor que Dios ha manifestado y revelado en su Hijo, Hombre verdadero y perfecto. Entiéndase este último término “en el sentido metafísico de *completo* y de realmente existente”³⁷.

³⁶ DENZINGER – HÜNERMANN. *El Magisterio de la Iglesia*, HERDER, Barcelona, 1999, n. 442.

³⁷ CANTALAMESSA, Raniero. PAULINAS, Madrid 1990, p. 36.
Jesucristo el Santo de Dios,

6.1. Una humanidad singular. Hombre “nuevo”.

Se ha expuesto anteriormente que realmente, el misterio del hombre solo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado, además que, surgieron corrientes que pretendieron negar la realidad del hombre Jesús, a lo que la Iglesia tuvo que afrontar con firmeza y convicción de fe, manteniéndose firme en la verdadera humanidad de Cristo. Pues solo en la reflexión constante del Dios vivo y verdadero, quien en su Hijo, se involucra en la misma realidad sufriente de los hombres, “el hombre vuelve a encontrar la grandeza, la dignidad y el valor propios de su humanidad”³⁸.

Ahora bien, “la humanidad de Cristo, desde la comprensión del dogma cristológico, es la humanidad del Verbo”³⁹. Entonces no era cualquier humanidad, pues, si bien era semejante a la nuestra, sin embargo, no estuvo bajo el peso del pecado (Heb 4, 15), se trataba en definitiva de una humanidad muy singular, propia y salvadora.

Cantalamessa, sacerdote franciscano, respondiendo al pensamiento moderno, considera y califica a Jesús de Nazaret como el hombre “nuevo”, pues es el santo, el justo, el hombre a imagen de Dios; es el “revelador del proyecto definitivo del hombre”⁴⁰. A imagen de Él, por lo tanto, el hombre ha de modelar su propia vida; pues, a eso estamos llamados: “del mismo modo que hemos llevado la imagen del hombre terrestre, llevaremos también la imagen del celeste” (1 Co 15, 49); más de cuanto Jesús esté llamado a conformarse a nuestra imagen.

Ahora bien, el hombre creyente anhela, con libertad, por gracia y con amor, configurarse con la imagen de Cristo, el Salvador; pero a la vez es consciente que la humanidad está herida por el pecado, que está siempre inclinados al mal; así lo manifiesta San Pablo: “realmente mi proceder no lo comprendo; pues no hago lo que quiero, sino que hago lo que aborrezco” (Rom7, 15).

³⁸ DENZINGER – HÜNERMANN. *El Magisterio de la Iglesia*, HERDER, Barcelona, 1999, n. 4640.

³⁹ URÍBARRI, Gabino. *La Singular Humanidad de Jesucristo. El tema mayor de la cristología contemporánea*,

⁴⁰ CANTALAMESSA, Raniero.

Jesucristo el Santo de Dios,

Tal es la razón por la que se anhela constantemente la conversión, cuyo camino verdadero solo se la encuentra en Jesús, el Hijo de Dios, en Él, el hombre alcanza la vida plena. Esta es la fe, la plena convicción que lleva y mueve al corazón del hombre a aceptar la salvación que gratuitamente Dios nos ofrece. Pero esta aceptación no es de algo abstracto,

COMILLAS, Madrid 2008, p. 95.

PAULINAS, Madrid 1990, p. 44.

sino, es ante todo “la aceptación de una persona, en la que se pone completamente la confianza, y por ello también se acepta cuanto ella nos dice sobre sí misma”⁴¹.

Jesús, por tanto, “no es sólo el hombre que se asemeja a todos los hombres, sino también el hombre al que todos los otros hombres deben asemejarse, pues, Él es el hombre “nuevo”, que nos muestra y también nos revela quién es el hombre; con Él aparece el modelo mismo de la auténtica realización del hombre, pues Él es la verdadera y perfecta “imagen de Dios” (Col 1, 15). Por eso todos los hombres están llamados, más aún, por qué no decirlo, están necesitados de conformarse a la imagen del Hijo, revestirse de Él, para llegar a ser plena y auténticamente hombre; esto, desde luego, implicará la negación de sí mismo.

6.2. Una humanidad salvadora.

El acontecimiento fundamental para la fe y para la salvación de toda la humanidad es que Cristo asume o se hace aquello que nosotros somos, sólo así se abre la posibilidad de que el hombre fuera salvado todo entero. Esta misma afirmación se la encuentra en el pensamiento de Orígenes, cuando considera que “el hombre no se habría salvado en su totalidad si Cristo no hubiese asumido al hombre en su totalidad”; en la misma línea lo afirmará Cantalamessa, “Cristo tenía que tener un cuerpo para que fuese redimido nuestro cuerpo, tenía que tener un alma para que fuese redimida nuestra alma y tenía que tener una voluntad libre para que fuese redimida nuestra libertad”⁴².

⁴¹ GONZÁLEZ, Carlos. *Él es nuestra Salvación. Cristología y Soteriología*, CELAM, Colombia 1991, p. 15.

⁴² CANTALAMESSA, Raniero.

PAULINAS, Madrid 1990, p. 38.

Jesucristo el Santo de Dios,

Ahora bien, todo lo que se ha asumido en la humanidad de Jesús, más aún, todas sus acciones siempre se encaminan hacia la realización de la voluntad de su Padre, así lo evidencia el evangelio de San Juan cuando Jesús dice de sí mismo: “mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra (Jn 4, 34). La voluntad de Dios Padre es la salvación de la humanidad, por ello Jesús en el cumplimiento de tal voluntad, llegó hasta el extremo de entregar su vida en una cruz como ofrenda de salvación; por eso, su humanidad resulta determinante en el proyecto de salvación universal.

Entonces, el “fundamento de nuestra fe en la divinidad de Jesús reside en su modo profundo y radicalmente humano de manifestarse y actuar en este mundo”⁴³

. Y según Gabino Uríbarri, Calcedonia hizo la aportación clave sobre la defensa de la integridad de la humanidad de Cristo, de ahí que, sea a la vez la Rúbrica absoluta de tal humanidad y de todas sus consecuencias⁴⁴.

Finalmente, a manera de conclusión, se admite que la salvación no es independiente de la humanidad, pues “somos salvados desde la vida, la muerte y la resurrección de Cristo”⁴⁵, el Cristo Jesús que vivió y existió en un determinado tiempo y en un espacio concreto. Jesús pudo realizar en su vida, desde el ejercicio de una voluntad humana y bajo la obediencia perfecta al Padre, el camino de la revelación plena y de la salvación. De ahí que, como auténticos creyentes que desde la aceptación libre de la gratuita salvación que el Hijo de Dios nos ofrece, debemos configurarnos constantemente en Él.

⁴³ BOFF, Leonardo. *Jesucristo el Libertador. Ensayo de cristología crítica para nuestro tiempo*, SAL TERRAE, España, s.d., p. 199.

⁴⁴ Calcedonia defiende con énfasis la integridad, la consistencia y la plenitud de la naturaleza humana en Cristo, ciertamente sin pecado.

⁴⁵ URÍBARRI, Gabino. *La Singular Humanidad de Jesucristo. El tema mayor de la cristología contemporánea*, COMILLAS, Madrid 2008, p. 396.

CAPÍTULO SEGUNDO

II. CRISTO SALVADOR.

“Aquí tienen al hombre” (Jn 19, 5). La doctrina cristiana se centraliza en esta verdad, la Humanidad de Cristo; Él es verdadero hombre, este es el contenido veraz y fundamental de nuestra fe. Esto ya se ha expuesto en el capítulo anterior, como también, aunque desde la dimensión humana del Verbo Encarnado y de forma sucinta, la realidad salvífica que trae el Hijo de Dios.

Ahora bien, si se ha desarrollado de forma breve, no es por su poca importancia, sino porque en este capítulo será más ampliado; por eso, esta segunda parte se constituye como el centro temático y punto máximo de todo el esquema propuesto en el presente informe. Aquí se enfocará los aspectos esenciales que involucra el misterio salvífico de Dios, por mediación de su Hijo, en favor de la humanidad.

Para tal propósito, se ha creído conveniente estructurar el texto en tres apartados, de los cuales, en la primera, se desarrollará la naturaleza en sí de la “salvación”, su importancia para el hombre, su posibilidad, la participación principal de Dios en favor de los hombres, entre otros aspectos de gran importancia. La segunda parte se centralizará más concretamente en Cristo como Salvador único y definitivo de la humanidad, inserto, desde luego, en la historia, una historia propiamente salvífica. Finalmente, el último apartado, se encaminará en el misterio pascual como acontecimiento salvífico por excelencia.

Por último, se advierte que este segundo capítulo gira en torno a tres cuestiones importantes que dan sentido a lo que se pretende y que a la vez da viabilidad temática, tanto es su estructura como en su redacción; así, el lector podrá advertir que todos los párrafos apuntan a responder a lo siguiente: ¿De qué nos salva? ¿Cómo nos salva? ¿Para qué nos salva? Es necesario precisar que los títulos de cada apartado de este capítulo, no incluyen dichas cuestiones, aunque sí se advierten respuestas.

1. Necesidad de la Salvación.

Hoy en día, ante la saturada materialidad de la vida moderna, el hombre se está alejando cada vez más de todo aquello que implica trascendencia, es decir, de todo cuanto conlleva la creencia en Dios y la práctica religiosa. Pero esto no solo es visible en poblaciones de gran progreso por la comodidad material, sino incluso en las naciones cuya vivencia religiosa está muy marcada; esta situación es aún más realmente alarmante.

Ya nadie se preocupa de la dimensión trascendental del ser humano, pues “todo está bien si lo tienes todo”; más aún, nadie se cuestiona sobre el problema de la salvación, sólo procuran el gozo “del aquí y el ahora”, encerrados en el consumismo. Se es tan irresponsable ante la propia vida que, al único puerto que el ser humano va a llegar sólo será la desdicha y la desesperanza, “pues ¿De qué le servirá al hombre ganar el mundo entero, si arruina su vida?” (Mt 16, 26).

Ahora bien, si se aprecia esta vida como algo pasajero y se es consciente de que en la tierra tan sólo se está de paso, cual peregrinos encaminados hacia una dicha plena, la vida eterna; se puede decir, entonces, que “la vida de acá es, sencillamente, un noviciado para el cielo”⁴⁶, un prepararse para lo que el Salvador, entregando su vida, ha ganado en favor de la humanidad, la salvación.

La salvación, entonces, es verdaderamente trascendental; por ello, en este mundo tan sólo somos huéspedes que se encaminan hacia la verdadera patria. Por lo tanto, la vida terrena no tiene otra razón ni otra finalidad que prepararse para la vida eterna “pues no tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la futura” (Hb 13, 14).

Pero, el hombre en sí, ¿cómo colabora en su salvación? En principio se afirma que la participación del hombre, en cuanto a su salvación, es necesaria; pues, las malas acciones que puede llegar a cometer, puede llegar a ser la causa del rechazo y la perdición de su alma.

En el pensamiento de San Agustín se puede apreciar, con mayor claridad, la necesaria participación o colaboración de parte del hombre en su salvación, al afirmar lo siguiente: “Dios,

⁴⁶ ROYO, Antonio. *Teología de la Salvación*, BAC, Madrid 1965, p. 18.

que te hizo a ti sin ti, no te salvará sin ti”. Al respecto, Jesús también insistió mucho en ello, al decir que siempre se debe estar preparados y en guardia, porque nadie sabe cuándo ni dónde seremos llamados ante su tribunal (Mt 24, 44).

Finalmente, junto con la necesaria participación y colaboración, está sobre todo, la necesidad de salvación en sí misma, pues, como dirá un autor González Olegario: “Una cosa es necesaria, la salvación eterna de nuestra alma. Pero entendamos que esta necesidad es universal, pues universal también es el pecado”⁴⁷.

1.1. La Salvación, plenitud de vida.

Para el hombre que no encuentra sentido a su existencia o que se ha sumergido en la desesperanza; la salvación consiste en volver a la vida; se la entiende “como una nueva creación”⁴⁸. De ahí que, “si se quiere caracterizar el contenido de la salvación del hombre en general, nos encontraremos siempre con el término *vida*”⁴⁹.

Ser salvado, en consecuencia, es vivir plenamente en libertad y en el amor. Por tanto, la salvación toca ante todo, la historia que el hombre construye con su propia voluntad, tanto en su historia individual como en el de la edificación de una sociedad histórica.

Ahora bien, el hombre entiende su incapacidad de salvarse por sí mismo, por ello, todos sus afanes deben encaminarse a la luz del proyecto que Dios tiene para él, manteniéndose firme, a pesar de su libertad limitada, de seguir aguardando la Buena Nueva de una Salvación plena y definitiva. Por eso, el hombre nunca debe olvidar que Dios no está indiferente con su realidad, sino que Él sabe y entiende su situación, lo cuida y alimenta; pues, Él “no está lejos de cada uno de nosotros, en Él estamos, nos movemos y existimos” (Hch 17, 22).

Por otro lado, si la salvación, cuyo designio original está en Dios, incluye algunos aspectos como: “la filiación, la divinización, compartir la vida del Hijo, configurarnos

⁴⁷ GONZÁLEZ, Olegario. *Cristología*, BAC, Madrid 2012, p. 577.

⁴⁸ RUBIO, Luis. *El Misterio de Cristo en la Historia de la Salvación*, SÍGUEME, Salamanca 2004, p. 62.

⁴⁹ SESBOÜÉ, Bernard. *Jesucristo el Único Salvador. Ensayo sobre la redención y la salvación*, CERVANTES, Salamanca 1990, p. 32.

plenamente con la imagen según la cual inicialmente hemos sido creados”⁵⁰. Es importante, entonces, sentirse hijo en el Hijo, aceptando libremente la voluntad que Dios va manifestando en nuestra vida como agente motor de su realización. Esta aceptación es fruto de una plena confianza en que “Dios sabe lo que hace y hace lo que quiere”⁵¹, y su querer, desde la gratuidad de su amor, siempre será dar vida al ser del hombre y del mundo.

Es indispensable, a la luz de estas líneas, enfatizar que “la salvación revelada es una intervención personal, libre e histórica de Dios, en la historia humana”⁵². Él será siempre el referente o punto de partida de la salvación en sí, pues “su realización plena compromete la trascendencia de nuestra relación con Dios”⁵³.

Hasta aquí se puede advertir que la salvación contiene un rostro que en la plenitud de los tiempos se manifestó en Jesús, el Señor, Hijo unigénito de Dios. Este Salvador vino trayendo vida, una vida imperecedera y definitiva, “porque tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna” (Jn 3, 16). Pero es nuestro corazón quien tiene que recibirlo desde la fe, aceptándolo con profunda convicción de que sólo en Él se encuentra la vida plena y verdadera.

Ahora bien ¿Cómo se puede entender esta vida plena? En principio “es una vida que se funda en el conocer y desemboca en el amor, actividades que definen la entrega máxima posible entre personas y su máxima comunicación”⁵⁴. De ahí que, se puede enfatizar las palabras de san Agustín “nadie ama lo que no conoce”; se debe entender, desde luego, este conocimiento no como un mero ejercicio intelectual, sino como algo que involucra todo el ser existencial, pues en Cristo está el cumplimiento de nuestros anhelos “el gozo de vivir” y vivirlo a plenitud.

⁵⁰ URÍBARRI, Gabino. *La Singular Humanidad de Jesucristo. El tema mayor de la cristología contemporánea*, COMILLAS, Madrid 2008, p. 397.

⁵¹ RUBIO, Luis. *El Misterio de Cristo en la Historia de la Salvación*, SÍGUEME, Salamanca 2004, p. 59.

⁵² GONZÁLEZ, Carlos. *Él es nuestra Salvación. Cristología y Soteriología*, CELAM, Colombia 1991, p. 44.

⁵³ SESBOÜÉ, Bernard. *Jesucristo el Único Mediador. Ensayo sobre la redención y la salvación*, CERVANTES, Salamanca 1990, p. 33.

⁵⁴ RUBIO, Luis. *El Misterio de Cristo en la Historia de la Salvación*, SÍGUEME, Salamanca 2004, p. 326.

Más aún, las palabras del Señor son en sí mismas vida, por ello, es válida y de vital importancia para la fe, seguir reafirmando y reconociendo aquello que San Juan nos transmitió en su evangelio, a decir, “¿a quién vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna” (Jn 6, 68).

Entonces, Jesús mismo es la Palabra de vida, pues el mismo autor de la vida es quien habla en su Hijo amado, por ello, acogemos sus palabras no con los sordos oídos de nuestro cuerpo, sino con los del corazón, lugar donde se descubre los mejores tesoros de la vida para la vida. Tal experiencia la tuvo el Apóstol San Pablo en el acontecimiento de su conversión en Damasco (Hch 22, 1-12); esto marcó profundamente en su corazón el sello de Cristo, es decir, experimentó la unión plena con el Señor.

Tal experiencia íntima se vive de tal forma que se puede afirmar sin temor lo siguiente: “el cristiano vive en Cristo y Cristo vive y actúa en el cristiano”⁵⁵. Por eso, junto con san Pablo, el cristiano convencido de su condición, ha de reafirmar aquello que es de vital importancia para quien quiere salvarse, “para mí la vida es Cristo” (Flp 1, 21).

1.2. Importancia y posibilidad de la Salvación.

Se consideró anteriormente que la salvación es volver a la vida; es momento de ver dos connotaciones esenciales que podrían ayudar a comprender la importancia de la salvación, a decir: “una connotación negativa, la liberación de una situación de angustia, y una connotación positiva, la concesión de un bien decisivo”⁵⁶.

La primera se sitúa en la dramática realidad del mundo, sumergido en el consumismo y reducido al puro materialismo, situación que ha llevado al hombre al *sin sentido* de la vida y que desde ahí anhela liberarse. La segunda implica la salvación inaugurada y dada por la resurrección de Cristo a todos los hombres, ésta última será desarrollada en el capítulo tercero.

Ahora bien, se considera que la salvación es un hecho de pura gracia que tiene como única fuente, la iniciativa gratuita del amor del Padre; esto, desde luego, “puede ser conocido

⁵⁵ AMATO, Ángel. *Jesús el Señor*, BAC, Madrid, 2009, p. 710.

⁵⁶ GONZÁLEZ de CARDEDAL, GONZÁLEZ FAUS, RATZINGER. *Salvador del Mundo. Historia y actualidad de Jesucristo*, SECRETARIADO TRINITARIO, Salamanca 1997, p. 120.

únicamente por revelación, más no por nuestra pura reflexión mental”⁵⁷. De ahí que, “revelación y salvación sean términos intercambiables”⁵⁸. Porque conocer la revelación no es un acto de la pura razón, sino que involucra a toda la persona en su ser existencial; la salvación, por su parte, se dirige a un espíritu vivo que busca su felicidad en el conocimiento y aceptación del amor de Dios.

Entonces, el conocimiento de Jesucristo y la aceptación de su persona en la vida de los hombres es lo que despierta en sus corazones los anhelos más profundos de salvación. Él mismo se ha revelado como el Salvador, por ello, el hombre encuentra su pleno significado humano en la aceptación de este Cristo.

Ahora bien, la salvación es un don, pero un don para todos, pues, “la promesa que Dios hizo en el AT y cuyo cumplimiento trinitario por Jesucristo en el NT no han caído en un vacío de esperanzas, sino que corresponden a las más íntimas y legítimas aspiraciones de los hombres”⁵⁹.

Al respecto, Antonio Royo Marín, O. P., en su libro *“Teología de la Salvación”*, lo explica desde una doble consideración: por parte de Dios, cuya voluntad sincera es salvar a todos los hombres; y por parte del hombre quien, bajo la moción de la gracia divina, puede practicar el bien con vistas a la Vida Eterna. Esta última expresión “por parte del hombre”, corresponde a todo lo que atañe hacer el hombre en vías de su salvación, es decir, a su *libre cooperación a la gracia*.

Por otro lado, se sabe que **el hombre es libre**, es decir, desde su plena libertad, él puede andar por los caminos del bien o del mal, así lo atestigua el libro del Eclesiástico “si quieres, guardarás los mandamientos... Él te ha puesto delante fuego y agua, alarga tu mano y toma lo que quieras” (Si 15, 15-16).

⁵⁷ GONZÁLEZ, Carlos. *Él es nuestra Salvación. Cristología y Soteriología*, CELAM, Colombia 1991, p. 44.

⁵⁸ SESBOÜÉ, Bernard. *Jesucristo el Único Mediador. Ensayo sobre la redención y la salvación*, CERVANTES, Salamanca 1990, p. 33.

⁵⁹ GONZÁLEZ, Carlos. *Él es nuestra Salvación. Cristología y Soteriología*, CELAM, Colombia 1991, p. 33.

Ahora bien, el ser humano desde su libertad y sobre todo desde la moción por la gracia de Dios, debe cooperar en su propia salvación⁶⁰; pues, sin la previa moción de la gracia, “nuestra libertad permanecería en su esfera natural y plano puramente humano, así, el hombre no podría hacer jamás, con sus solas fuerzas, el menor acto sobrenatural ordenado a la vida eterna”⁶¹.

El libro de Filipenses, al respecto, seguirá insistiendo en nuestra colaboración al plan de salvación, cuando dice: “Queridos míos, de la misma manera que habéis obedecido siempre, trabajad con sumo cuidado por vuestra salvación, pues es Dios quien, por su benevolencia realiza en vosotros el querer y el obrar” (Flp 2, 12-13). En la vida, entonces, es necesario colaborar con la voluntad salvífica de Dios, pues, “Él quiere que todos se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad” (1Tm 2, 4).

1.3. Voluntad salvífica universal de Dios.

El plan de Dios constituyó a Cristo principio de salvación para todo el mundo⁶². De ahí que el cumplimiento de la voluntad de Dios es gozo para el alma, esperanza para el afligido y vida para el sufriente, por ello, “donde se cumple la voluntad de Dios, allí la vida humana está a salvo”⁶³. Entonces, la vida tiene que estar marcado por la necesidad existencial de ese Dios que sale de sí en auxilio de la miseria humana; esta necesidad sólo lo experimenta el que se siente pobre y pecador, quien tiene puesta su esperanza en ese Padre misericordioso y Dios de toda consolación (2 Co 1, 3), quien entiende que ante Él no hay ventaja o desventaja alguna que nos haga o no merecedores de su gracia salvadora.

Ahora bien, sabemos que Dios, a pesar de la situación de pecado en la que se halla el hombre, siempre saldrá a su encuentro sin reservas e intervendrá en favor de su salvación desde

⁶⁰ El hombre es libre para obrar el bien o practicar el mal. Si escoge el primero bajo la moción de la gracia, obtendrá de hecho la vida eterna. Si, por el contrario, resiste a la gracia y se entrega a toda clase de desórdenes y pecados, tendrá que sufrir las consecuencias eternas. Traigo nuevamente las palabras de San Agustín “El que te creó sin ti, no te salvará sin ti”.

⁶¹ ROYO, Antonio. *Teología de la Salvación*, BAC, Madrid 1965, p. 63.

⁶² DENZINGER – HÜNERMANN. *El Magisterio de la Iglesia*, HERDER, Barcelona, 1999, n. 4141.

⁶³ WERBICK, Jürgen. *Soteriología*, HERDER, Barcelona 1992, p. 89.

la gratuidad de su amor. Esta es la certeza que tiene que renovar constantemente el corazón humano, de ahí su importancia en la vida del creyente que, desde una dimensión experiencial-vivencial, comprende que Dios no olvida ni abandona a nadie de aquellos sobre quienes un día puso sus ojos.

Hay, entonces, en Dios un sincero deseo de dar a todos los hombres la vida eterna, pues, Él con su voluntad antecedente⁶⁴, verdadera y sincera, quiere que todos se salven. Además, “Dios Padre ha decidido desde el principio hacer al hombre partícipe de su gloria en Jesucristo resucitado”⁶⁶.

Pero como ya se dijo, el hombre también coopera libremente en su salvación y sólo los que asienten de corazón a la voluntad salvífica de Dios la alcanzan. Dos textos iluminan mucho mejor lo expuesto, a decir, “Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por Él” (Jn 3, 17). Y “Dios, nuestro Salvador, quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento pleno de la verdad” (1Tim 2, 3-4).

⁶⁴ *Voluntad Antecedente*. Es la que Dios tiene en torno a una cosa en sí misma o absolutamente considerada, prescindiendo de las circunstancias especiales que puedan añadirsele (Mt 23, 37). Se podría decir, además, que es una voluntad condicionada, cuyas determinaciones no siempre se cumplen, sino que muchas veces son impedidas y frustradas por la criatura. (Antonio Royo Marín. *Teología de la Salvación*. p. 25) ⁶⁶ DENZINGER – HÜNERMANN. *El Magisterio de la Iglesia*, HERDER, Barcelona, 1999, n. 4814.

Ahora bien, el NT ve realizada en Jesús de Nazaret la salvación, en Él se muestra el obrar salvífico de Dios, así lo presenta la epístola de Tito: “más cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador y su amor a los hombres, él nos salvó no por las obras sino por su misericordia, mediante la renovación operada por el Espíritu Santo que derramó sobre nosotros por medio de Jesucristo nuestro Salvador” (Tit 3, 4-6).

De ahí que, si Dios quiere sinceramente que todos los hombres se salven y Cristo ha venido a dar cumplimiento dicha voluntad, entonces Dios mismo está dispuesto a dar y de hecho ofrece a todos los hombres los *auxilios necesarios y suficientes*⁶⁵ para alcanzar su salvación.

El hombre en sí mismo, con su realidad, es el principal destinatario del amor salvífico y gratuito de Dios; por eso, desde la gratuidad de su amor, envió su Hijo por nosotros, por nuestra condición de pecado, pero sobre todo, para dar la salvación y alcanzar la vida plena; este es el tema que se tratará inmediatamente.

1.4. Por nosotros, por nuestros pecados, para una vida plena.

La manifestación de amor más grande del Padre es el haber entregado a su único Hijo al mundo, Él no solo nos anuncia la salvación, sino que Él mismo es la salvación; de ahí que, lo que anuncia es el “gran don de Dios que es liberación de todo lo que oprime al hombre, pero que es, sobre todo, liberación del pecado y del Maligno, dentro de la alegría de conocer a Dios y de ser conocido por Él, de verlo, de entregarse a Él”⁶⁶.

Ahora bien, la salvación, como se puede apreciar, involucra necesariamente los tres aspectos que constituyen el título de este apartado, por ello, los siguientes párrafos se

⁶⁵ Los auxilios principales para la salvación, según el P. Antonio Royo Marín, que Dios pone a disposición del hombre pueden dividirse en dos grandes grupos: los sacramentos y las gracias actuales (ciertos auxilios sobrenaturales y transitorios por los cuales Dios ilumina el entendimiento y ayuda a la voluntad para realizar actos sobrenaturales). El primero afecta exclusivamente a los cristianos, el segundo, a todos los hombres. (Antonio Royo Marín. *Teología de la Salvación*. p. 30).

⁶⁶ HERDER, Barcelona, 1999, n. 4571.

estructurarán de tal manera que facilite la explicación de cada uno de las expresiones: el “por nosotros”, “por nuestros pecados” y el “para una vida plena”.

Para analizar la primera expresión, “por nosotros” es necesario recurrir a algunos textos neotestamentarios:

Ga 2, 20; 3, 13. (Cristo se entregó “por mí”). Estas palabras de San Pablo demuestran que en la fe del Hijo, el hombre en sí, puede tener una experiencia de amor profunda y personal con Dios, experiencia que le llevará a afianzar su vida en Cristo, quien nos rescató de la maldición de la ley, haciéndose Él mismo maldición por nosotros.

Rm 5, 8; 8, 32; 14, 15. La prueba que Cristo nos ama, dice San Pablo, es que se entregó por nosotros, además, en Él Dios nos ha manifestado la plenitud y grandeza de su amor, pues, no perdonó ni siquiera a su Hijo sino que lo entregó como medio de salvación para la humanidad.

1Cor 11, 24. 2Cor 5, 15; 5, 21; 8, 9. Se entregó para darnos vida y se sigue entregando cada vez que se fracciona el Pan de Vida en la Eucaristía; además, murió por nosotros, para que ya no vivamos para sí, sino para Él, de ahí que, vivir para Cristo y en Cristo es el itinerario que todo cristiano ha de asumir con libertad, aceptando su generosidad de hacerse pobre para que nosotros nos hiciéramos ricos.

Ef 5, 2. Cristo nos amó, es más, “nos ama siempre”, así lo ha manifestado Él mismo constantemente en su vida terrena, llevándole a su culmen en su entrega por nosotros en la cruz. De ahí que, vivir en este amor es lo que en verdad nos hará hermanos suyo e hijos del Padre.

Mc 10, 45. El Hijo de Dios no vino a ser servido sino a servir, Él con su servicio manifestó la “condición” para aceptar su vida como rescate nuestro, por ello, quien no procura el servicio ¿cómo procurará la vida que ofrece? ¿Cómo permitirá a Cristo ahondar en su corazón el amor salvífico?

1Jn 3, 16. Amor que no se entrega se vuelve egoísta, encerrado en sí mismo; así lo ha revelado Cristo, pues, la humanidad entera ha conocido la grandeza del amor en su entrega por nosotros, por eso, cada creyente está llamado no solo a responder generosamente al amor de Dios, sino sobre todo a compartirlo con los demás hijos de Dios.

Hasta aquí, se ha notado que la expresión “por nosotros” implica concretamente “en favor nuestro”. Además, como se ha podido notar en todos los textos mencionados, la iniciativa siempre parte del amor de Dios y de su Hijo que se entrega por nosotros para darnos vida.

Es necesario aclarar, por último, que la expresión “por nosotros” implica *universalidad*⁶⁷, ya que se trata de la multitud de los seres humanos, pues, como ya se ha dicho, todos los seres humanos llevan en el corazón la profunda necesidad de la salvación.

Con respecto a la expresión “por nuestros pecados”. San Pablo afirma rotundamente que “Cristo se entregó y murió por nuestros pecados, para librarnos de este mundo perverso, según la voluntad de nuestro Padre” (Ga 1, 3-4). Esta es la Buena Nueva que al hombre le llena de esperanza, pues, sólo así su condición humana ha sido rescatada.

Es así que, el mismo Señor ha venido para liberar y fortalecer al hombre, renovándolo interiormente y arrojando fuera al príncipe de este mundo (cf. Jn 12, 31), que lo retenía en la esclavitud del pecado (cf. Jn 8, 34), pues, “el pecado disminuye al hombre mismo impidiéndole la consecución de su propia plenitud”⁶⁸.

Jesucristo, entonces, se ha convertido en “causa de nuestra salvación eterna para todos aquellos que le obedecen” (Heb 5, 9). Decir “para todos los que le obedecen” implica la idea de un tiempo presente, no dice “para todos los que le obedecieron” sino que utiliza una acción en presente que sólo se puede entender frente a alguien que está vivo y por tanto sigue intercediendo por nosotros (cf. Heb 7, 25).

Ahora bien, profundizar en la salvación que trae Cristo, implica inmediatamente considerar la vida en Cristo, así se puede apreciar en el evangelio de san Juan “Yo soy el pan vivo bajado del cielo. Si uno come de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo le voy a dar es mi carne, para vida del mundo” (Jn 6, 51).

Hemos visto que Cristo nos salva y libera de nuestros pecados, ahora es momento de ahondar el ¿para qué nos salva? Es así como se expondrá la última parte de este bloque: “para

⁶⁷ SESBOÜÉ, Bernard. *Jesucristo el Único Mediador. Ensayo sobre la redención y la salvación*, CERVANTES, Salamanca 1990, p. 130.

⁶⁸ HERDER, Barcelona, 1999, n. 4313.

una vida plena”. Desde ya se puede apreciar que Cristo nos salva para darnos vida, pero es necesario dar un paso más y ver qué implica la vida que Cristo ha ganado para nosotros.

En la carta de San Pedro se puede ver que “Cristo fue quien, sobre el madero, llevó nuestros pecados en su cuerpo, a fin de que muriésemos a nuestros pecados y viviéramos” (1Pe 2, 24). Entonces, para encontrar vida, más aún, para recibir la vida que Cristo ofrece desde la cruz, se ha de aceptar en primer lugar el perdón de las culpas, de ahí que, no hay vida si antes no hay perdón.

En consecuencia, desde el perdón de los pecados es como el hombre queda sanado y salvado para vivir en plenitud, sin angustia y sin temor. En la parábola del Buen Samaritano se descubre a este Cristo que vino a sanar heridas, a renovar la esperanza de vivir, pero sobre todo a levantarnos de nuestra condición caída, dándonos así el gozo de seguir nuestro camino, fortalecido por el amor de Dios.

Por último, para obtener la vida plena en Cristo hay que pasar del mero conocimiento de su persona a la experiencia de encuentro con Él, pues Jesús no es una fórmula de fe, sino una persona viviente que siempre está con nosotros en nuestro caminar cotidiano “yo estaré con ustedes hasta el fin de los tiempos” (Mt 28, 20).

Por lo tanto, “Jesús es una presencia real, que existe, que da vida y que es la raíz de nuestro ser”⁶⁹. Por eso, la vida cristiana tiene su centralidad en Cristo y por Cristo; en Él la vida se ve realizada, se exalta y se refuerza; sobre todo se plenifica en el amor gratuito que se sigue entregando por todos nosotros.

2. Cristo, Salvador único y definitivo de la humanidad.

La vivencia de la fe impulsa a los creyentes a testimoniar que Jesucristo es el único

⁶⁹ AMATO, Ángelo. *Jesús el Señor*, BAC, Madrid, 2009, p. 706.

Salvador del mundo, ayer, hoy y siempre (cf. Hb 13, 8). Él es el “Salvador de la humanidad, el único en condiciones de revelar a Dios y de guiar hacia Dios”⁷⁰, porque “no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debemos salvarnos” (Hch 4, 12). Por lo tanto, se puede decir que, “la voluntad salvífica universal de Dios va siempre ligada a la realidad de Jesucristo”⁷¹.

Además se afirma que “Jesucristo, Hijo de Dios, Señor y único Salvador, ha llevado a cumplimiento la historia de la salvación, constituyéndose en su plenitud y su centro”⁷². De ahí que, para el género humano y su historia, tiene un significado y un valor singular y único, sólo de Él propio, exclusivo, universal y absoluto.

Quiere decir, entonces, que la voluntad salvífica de Dios, respecto a la humanidad entera, se ha manifestado y realizado de modo único y definitivo en el misterio de Jesús, “así Dios nos ha hecho conocer por su revelación, su designio de salvación”⁷³. Este Salvador, en su doctrina y en sus acciones, se constituye en modelo de vida, así lo enseña el evangelio de san Juan “Yo soy la luz del mundo, el que me sigue no anda en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida” (Jn 8, 12).

Al respecto, aparece la necesidad de ahondar más este tema, para ello, se proponen cuatro ítems en los que, se intentará describir y presentar la identidad del Salvador, cuyo acontecimiento se ha constituido en centro de la Historia de la Salvación, además se explicará cómo Jesucristo es el referente primero y único de la salvación, una salvación que, desde luego, es universal.

⁷⁰ JUAN PABLO II, Carta encíclica: *Redemptoris Missio*, 7 de diciembre 1990, n. 5.

⁷¹ AMATO, Ángelo. *Jesús el Señor*, BAC, Madrid, 2009, p. 687.

⁷² CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE. Declaración: *Dominus Iesus*, 26 mayo 2002, n. 13.

⁷³ HERDER, Barcelona, 1999, n. 4580.

2.1. La identidad del Salvador.

Si uno quisiera aproximarse a tener una “clara” identidad del Salvador ha de adentrarse a los escritos neotestamentarios, esto desde luego, implicaría hacer un recorrido minucioso de cada libro del Nuevo Testamento. No es este el propósito, pues exigiría mucho tiempo y demandaría una labor engorrosa; además, no es fácil describir y presentar a detalle la figura del Salvador, ya que, las fuentes de información con las que se cuenta “sólo han coleccionado una serie de hechos que la predicación primitiva ha considerado como fundamentales y suficientes para entender y explicar el misterio del Salvador”⁷⁴.

Entonces, lo que se pretende hacer es presentar algunos rasgos que cualifican al Salvador, en primer lugar, se puede decir, junto con la cristología de Olegario Cardedal, que Cristo nunca se aplicó el título de Salvador; pero los evangelistas⁷⁵, a pesar de que ninguno de ellos pretendieron recoger todo lo que Jesús hizo y dijo (pues Él realizó otros muchos signos que no están escritos: Jn 20, 30), anuncian a un Salvador.

Ahora bien, llegada la plenitud de los tiempos, el Salvador tenía que asumir plenamente la condición humana, “participar de nuestra carne y de nuestra sangre” (Heb 2, 14), pues sólo así, estaría “capacitado para su tarea salvadora”⁷⁶. Por eso, se puede decir que todas las experiencias humanas las ha vivido el Salvador en su propia carne, con plena realidad y perfecta libertad.

Este Salvador humano es el Cristo vencedor, el Redentor, el que rescata y auxilia al hombre pecador; pues, el Hijo del hombre ha venido a dar su vida en rescate por muchos (cf. Mc 10, 45). Pero hay que entender bien el término *redención*, pues, “expresa un combate

⁷⁴ RUBIO, Luis. *El Misterio de Cristo en la Historia de la Salvación*, SÍGUEME, Salamanca 2004, p. 275.

⁷⁵ Tenemos por ejemplo a san Lucas, “Os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador” (Lc 2, 11), o san Mateo, “Darás a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús, porque salvará a su pueblo de sus pecados” (Mt 1, 21), incluso san Juan “sabemos que éste es verdaderamente el Salvador del mundo” (Jn 4, 42). Lo mismo hará las cartas de san Pablo, el libro de los Hechos de los Apóstoles, entre otros textos neotestamentarios.

⁷⁶ RUBIO, Luis. *El Misterio de Cristo en la Historia de la Salvación*, SÍGUEME, Salamanca 2004, p. 284.

oneroso y doloroso sostenido por Cristo contra las fuerzas del demonio, de la muerte y del pecado”⁷⁷, un combate que ha tenido que ser victorioso, permitiendo así, con su Resurrección, el rescate del pecado y de la muerte.

Es también el Hijo unigénito y amado del Padre, en quien se manifiesta la plena donación de Dios a los hombres, para que estos tengan vida y la tengan en abundancia (cf. Jn 10, 10). Entonces, desde aquí, se puede decir que el Salvador **nos ha dado vida dando su**

⁷⁷ GONZÁLEZ de CARDEDAL, GONZÁLEZ FAUS, RATZINGER. *Salvador del Mundo. Historia y actualidad de Jesucristo*, SECRETARIADO TRINITARIO, Salamanca 1997, p. 126.

vida; por lo tanto, el hombre debe acogerlo desde el amor y la obediencia a su voluntad, sin olvidar, desde luego, que todo tiene su fuente en el amor de Dios (cf. Jn 3, 16).

Cristo, además, “tanto en el sufrimiento como en la muerte, su humanidad se hizo el instrumento libre y perfecto de su amor divino que quiere la salvación de los hombres”⁷⁸, de ahí que, sea a la vez, nuestro Salvador y nuestra salvación. Es decir, el Salvador que ha hecho de su vida terrena, y sobre todo, de manera plena, su misterio pascual, la causa de nuestra salvación.

Tal es el Salvador en quien el hombre cree, en quien pone su esperanza, dispone y encuentra el sentido de su vida; Él es a quien sigue con libertad por su pura gracia. Él es el Salvador, humano como nosotros que “no se avergüenza de llamarnos hermanos” (Heb 2, 11), que no anticipa la miseria del hombre para salir en su ayuda.

Jesucristo y sólo por medio de Él, bajo la acción del Espíritu, el hombre puede entrar en comunión con Dios. Esta mediación suya única y universal, lejos de ser obstáculo en el camino hacia Dios, “es la vía establecida por Dios mismo, y de ello Cristo tiene plena conciencia”⁷⁹. Por lo tanto, Él es “guía de salvación, que hace posible a los hombres alcanzar su verdadero destino”⁸⁰: la gloria de Dios.

2.2. El acontecimiento Cristo. Centro de la Historia de la Salvación.

La historia puede ofrecer y de hecho señala los acontecimientos capaces de motivar la fe en el Salvador absoluto y universal. Esto porque en toda la historia siempre Dios se ha manifestado a la humanidad con acontecimientos concretos, a personas o al pueblo en concreto, pues, “Él es el Salvador y Creador e igualmente también Señor de la historia humana y de la

⁷⁸ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA. *Nueva Edición conforme al texto latino oficial de 1997*. EPICONSA, n. 609.

⁷⁹ JUAN PABLO II, Carta encíclica: *Redemptoris Missio*, 7 de diciembre 1990, n. 5.

⁸⁰ FRANCO, César. *Jesucristo, su persona y su obra. En la Carta a los Hebreos*, CIUDAD NUEVA, Madrid 1992, p. 67.

Historia de la Salvación”⁸¹. De ahí que, llegando la plenitud de los tiempos, en el acontecimiento de Cristo, la autorrevelación de Dios a los hombres fue definitiva.

Se sabe que Dios ha intervenido en nuestra *historia*⁸² desde su libre iniciativa, en los momentos y circunstancias que Él mismo ha creído apropiados, tales intervenciones “se halla en tensión, proyectada hacia una intervención más profunda, la del establecimiento del reino de Dios en el mundo por obra de su Ungido, el Mesías”⁸³.

La intervención, entonces, plena y total de Dios en la historia, se realizó en la plenitud de los tiempos en la persona de Jesús de Nazaret, en Él está la salvación, pues “no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debamos salvarnos” (Hch 4, 12).

Entonces, el significado cristiano del acontecimiento Jesucristo “va ligado a una concepción de la historia que le confiere toda la densidad de compromiso personal de Dios en la historia de los hombres”⁸⁴. Esta historia de diálogo entre Dios y la humanidad es, definitivamente, una Historia de la Salvación, pero ésta ¿cómo se la entiende?

Dígase, en principio, que “Es la serie de intervenciones de Dios en favor del hombre para su salvación, cuyo principio absoluto de esta historia es la creación”⁸⁵, ésta, será la primera intervención que pondrá en marcha su plan salvífico y que llevará a la salvación definitiva de los hombres. Así, “la creación forma parte de esta historia salvífica desde el principio, porque ella misma es misterio de salvación”⁸⁶.

⁸¹ DENZINGER – HÜNNERMANN. *El Magisterio de la Iglesia*, HERDER, Barcelona, 1999, n. 4341.

⁸² Para el cristianismo la historia tiene una dirección, un fin asignado por Dios, este fin es la realización definitiva del Reino de Dios. La historia es, pues, un proceso que, a través de los acontecimientos contingentes se dirige hacia un final trascendente: la plenitud del Reino de Dios.

⁸³ RUBIO, Luis. *El Misterio de Cristo en la Historia de la Salvación*, SÍGUEME, Salamanca 2004, p. 241.

⁸⁴ DUPUIS, Jacques. *Introducción a la Cristología*, VERBO DIVINO, Navarra, 1998, P. 252.

⁸⁵ RUBIO, Luis. *El Misterio de Cristo en la Historia de la Salvación*, SÍGUEME, Salamanca 2004, p. 64.

⁸⁶ DUPUIS, Jacques. *Introducción a la Cristología*, VERBO DIVINO, Navarra, 1998, P. 253.

Entonces, se puede decir que la salvación se extiende desde el comienzo hasta el final de la historia o que la Historia de Salvación está “iniciada en la creación y empapada por la gracia de Dios”⁸⁷. Pero sobre todo que ella tiene como centro el acontecimiento Jesucristo, Él es el eje sobre el que gira toda la historia del diálogo entre Dios y la humanidad; es en definitiva, “la clave, el centro y el fin de toda la historia humana”⁸⁸.

De ahí que, Jesucristo es nuestro Salvador, no sólo por ser el Hijo del Padre, ni sólo por su Encarnación o Resurrección, sino porque participa de nuestra historia humana. Por ello, nuestra historia ya no es una simple y común historia, ahora se ha constituido en Historia de Salvación, en cuyo centro sobresale el acontecimiento Jesús de Nazaret, pues, su misión salvadora no es una de tantas otras misiones proféticas queridas por Dios, sino la única y definitiva misión de salvación universal.

Es, además, el centro del plan de Dios, pues en Él tienen su cumplimiento las Escrituras “hoy se ha cumplido esta Escritura que acabáis de oír” (Lc 4, 21) y en Él se desvelará todo (Jn 4, 25-26). Por eso, en Él encontramos sosiego a nuestras incertidumbres y sobre todo el referente excelso de realización humana.

En conclusión, Jesucristo es aquel a quien el Padre resucitó, exaltó y colocó a su derecha, constituyéndolo juez de vivos y de muertos, “es precisamente esta singularidad única de Cristo la que le confiere un significado absoluto y universal, por lo cual, mientras está en la historia, es el centro y el fin de la misma”⁸⁹. “Yo soy el Alfa y la Omega, el Primero y el Último, el Principio y el Fin” (Ap 22, 13).

2.3. Cristo, referencia primera y única de Salvación.

El creyente debe afirmar con sencillez su fe en Cristo, único Salvador del hombre, pues, por Él vino la salvación al mundo, convirtiéndose en causa de nuestra salvación eterna

⁸⁷ AMATO, Ángelo. *Jesús el Señor*, BAC, Madrid, 2009, p. 689.

⁸⁸ CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II. Constitución Pastoral: *Gaudium et Spes*, 7 de diciembre 1965, n. 10.

⁸⁹ CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE. Declaración: *Dominus Iesus*, 26 mayo 2002, n. 15.

(cf. Hb 5, 9); además, la fe declara que es el Salvador universal de la humanidad, pues, “el Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido” (Lc 19, 10).

Ahora bien, es el Padre quien envió a su Hijo como Salvador, por eso, “en Él y por Él, llama a los hombres a ser, en el Espíritu Santo, sus hijos de adopción, y por tanto sus herederos de su vida bienaventurada”⁹⁰. De ahí que, el Hijo del Altísimo, sea el primero y único referente de Salvación para la humanidad “Porque no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que debamos salvarnos” (Hch 4, 12).

Entonces, se puede decir que nadie puede alcanzar salvación por sí mismo o por sus propios medios, pues, siempre será necesario la gracia de Dios y el auxilio del único Salvador de la humanidad, Jesucristo, nuestro Señor. Además, los hombres, conscientes de su estado de limitación y de su debilidad al pecado, saben que no pueden prescindir del obrar salvífico de Dios, sino que, es a través de Jesucristo, referente único de salvación, por la que ésta se hace accesible a todos.

Por lo tanto, la salvación en sí es la persona de Cristo, por eso, lo que Él nos ofrece no es ajeno a su propia persona, sino inherente a sí mismo, de ahí que, “la salvación, sin dejar de ser considerada como don de Dios al hombre, es situada en la acción de Jesús”⁹¹. Entonces, la salvación implica existencialmente el encuentro constante con Cristo, en quien Dios mismo se nos da, pues, aquel tiene en sí mismo, en su acontecimiento y en su persona, las razones de la ultimidad absoluta y definitiva de la salvación.

Ahora bien, Jesucristo no es uno de tantos mediadores salvíficos, sino el único y definitivo, la fuente de cualquier otra mediación participada. Además, “Este *Mediador*”⁹²viene,

⁹⁰ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA. *Nueva Edición conforme al texto latino oficial de 1997*. EPICONSA, n. 1.

⁹¹ GONZÁLEZ, Olegario. *Cristología*, BAC, Madrid 2012, p. 512.

⁹² El *mediador* no es un intermediario que permanecería ajeno a los dos protagonistas que pone en contacto. El *mediador* es solidario con ellos.

de Dios y está del lado de Dios. No obstante, debe estar también del lado de los hombres”⁹³. Por lo tanto, el Salvador ha tenido que asumir en verdad y de forma plena la humanidad, de ahí que, Él no solo conoce y entiende nuestros sufrimientos, sino que además, vivió en carne propia nuestro dolor; por eso, intercede ante su Padre por nuestra salvación.

⁹³ GONZÁLEZ de CARDEDAL, GONZÁLEZ FAUS, RATZINGER. *Salvador del Mundo. Historia y actualidad de Jesucristo*, SECRETARIADO TRINITARIO, Salamanca 1997, p. 122.

Cristo es, entonces, “el lugar personal, el realizador personal y el signo personal del proyecto salvífico del Padre”⁹⁴. Por eso, desde el corazón profundamente convencido, el auténtico creyente debe afirmar con sencillez su fe en Cristo, único Salvador del hombre; esta profesión, desde luego, es recibida como un don que proviene de lo alto, así, se afirma con San Pablo: “no me avergüenzo del Evangelio, que es una fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree” (Rm 1, 16).

Por último hay que ver algunas características de la mediación salvadora de Cristo que Olegario González de Cardedal expone en su libro *Cristología*, para ello, se procurará una breve síntesis de cada una de ellas, puesto que algunas ya fueron desarrolladas y otras se desarrollarán más adelante.

La mediación de Cristo es, en primer lugar, *Protológica*, es decir, en Él está el principio de todas las cosas “Todo fue creado por Él y para Él; Él existe con anterioridad a todo, y todo tiene en Él su consistencia” (Col 1, 17). Él funda, entonces, la existencia, “pues en Él vivimos, nos movemos y existimos” (Hch 17, 28). Y “si somos en Él, sólo nos entenderemos plenamente desde Él y sólo nos plenificaremos con Él”⁹⁷.

Es también *Histórica*, pues en la encarnación del Verbo, su vida, muerte y resurrección se ha manifestado de manera sensible y plena la voluntad salvífica de Dios; de ahí que, sea a la vez, *Universal*, pues, la mediación del Hijo alcanza a toda la humanidad.

Es al mismo tiempo *Personal*, porque Cristo se dirige a cada hombre y no a la masa humana de manera anónima, pues, algunos textos sagrados así lo atestiguan: “Yo he rogado por ti, para que tu fe no desfallezca” (Lc 22, 32), “Cristo me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gál 2, 20) y “no pensemos que se encuentra lejos de cada uno de nosotros” (Hch 17, 27b).

Por último se dirá que la mediación de Cristo es *Única*, es el Mediador de una alianza nueva, cuya vigencia es eterna, y como se ha dicho, es la única mediación ya necesaria y

⁹⁴ GONZÁLEZ, Olegario. *Cristología*, BAC, Madrid 2012, p. 513.

⁹⁷ Olegario. *Cristología*, BAC, Madrid 2012, p. 549.

suficiente, pues, “no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debamos salvarnos” (Hch 4, 12).

2.4. Cristo, Salvador universal.

Se ha expuesto ya algunos rasgos sobre la universalidad salvífica de Cristo, ahora es momento de detenerse un poco para hablar sobre el significado universal del acontecimiento Cristo, todo esto por su trascendental importancia para la fe, en ella se profesa que “Jesucristo es el único donde, a través de Él y en Él, Dios se manifestó de manera definitiva, de manera que no puede ser ni superado ni repetido”⁹⁵.

Así mismo, “el cristianismo confiesa y anuncia que la salvación del hombre se ha realizado en la historia y por medio de un hombre concreto, Jesús de Nazaret”⁹⁶. En Él Dios se comprometió de forma irrevocable y definitiva con la humanidad desde la grandeza de su amor gratuito.

Entonces, se puede decir que son salvíficos todos y cada uno de los hechos y palabras de Jesucristo, aun cuando “la Encarnación y el misterio pascual sean las cumbres”⁹⁷. Además, toda la vida de Jesús está al servicio de la superación del mal y de los pecados de todos los hombres, a la vez que al servicio de la recuperación de la amistad y santidad, cercanía y acceso a Dios.

Ahora bien, la universalidad de la salvación “no significa que se conceda solamente a los que, de modo explícito, creen en Cristo y han entrado en la Iglesia”⁹⁸, pues, si la salvación es destinada para todos, como se está afirmando, entonces debe estar en verdad a disposición de todos.

Surge, entonces, la pregunta fundamental ¿Cómo podría un hecho histórico “Jesús de

⁹⁵ DUPUIS, Jacques. *Introducción a la Cristología*, VERBO DIVINO, Navarra, 1998, P. 233.

⁹⁶ RUBIO, Luis. *El Misterio de Cristo en la Historia de la Salvación*, SÍGUEME, Salamanca 2004, p. 256.

⁹⁷ GONZÁLEZ, Carlos. *Él es nuestra Salvación. Cristología y Soteriología*, CELAM, Colombia 1991, p. 21.

⁹⁸ DENZINGER – HÜNERMANN. *El Magisterio de la Iglesia*, HERDER, Barcelona, 1999, n. 4891.

Nazaret”, condicionado o sujeto al espacio y al tiempo, revestir un alcance universal de salvación divina? Una posible respuesta se encuentra en el libro de los Hechos de los Apóstoles, a decir, “Porque no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debamos salvarnos” (Hch 4, 12). Por lo tanto, en ningún otro hay salvación, esta es la primera afirmación de la universalidad salvífica que hace el apóstol Pedro en su discurso al pueblo.

Jesús también resalta con claridad su figura de Salvador universal cuando anuncia que “Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por Él” (Jn 3, 17; 12, 47), Él es “la luz que ilumina a todo hombre” (Jn 1, 9) y en Él “Dios reconcilió consigo al mundo” (2Co 5, 19). Más aún “Él mismo se ofreció por todos hasta la muerte, como Redentor de todos”⁹⁹, pues, “nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos” (Jn 15, 13).

Para la fe cristiana, entonces, es un hecho que Dios eligió salvar a los hombres en Cristo, en Él Dios se autodonó, de ahí que, “la plena inserción de la autocomunicación de Dios o la inmanencia total de su autodonación a la humanidad consiste en la inserción personal de Dios mismo en la familia humana y en su historia; esto es, en el misterio de la encarnación del Hijo”¹⁰⁰.

Por otro lado, “Cristo es la plena respuesta divina a las más hondas aspiraciones del hombre, que cae por tanto no en el vacío, sino en el corazón del hombre que, consciente o inconscientemente, busca la salvación”¹⁰¹. Él es, entonces, la cumbre de la humanidad que, “insertándose personalmente como Hijo de Dios en nuestra condición humana, puso a Dios mismo a nuestro alcance y el don que nos hace de su propia vida a nuestro nivel”¹⁰².

⁹⁹ CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II. Constitución Pastoral: *Gaudium et Spes*, 7 de diciembre 1965, n. 32.

¹⁰⁰ DUPUIS, Jacques. *Introducción a la Cristología*, VERBO DIVINO, Navarra, 1998, P. 243.

¹⁰¹ GONZÁLEZ, Carlos. *Él es nuestra Salvación. Cristología y Soteriología*, CELAM, Colombia 1991, p. 38.

¹⁰² DUPUIS, Jacques. *Introducción a la Cristología*, VERBO DIVINO, Navarra, 1998, P. 244.

Finalmente se puede decir que “la universalidad de la salvación ofrecida por Cristo corresponde a la universalidad del pecado y a la universalidad del juicio de Dios”¹⁰³. Por eso, aunque “Dios encerró a todos los hombres en la rebeldía para tener misericordia con todos ellos” (Rom 11, 32) o que “el mundo entero está sometido al poder del Maligno” (1Jn 5, 19), Dios nunca se hace indiferente con nuestro pecado.

3. El misterio Pascual. Acontecimiento salvífico por excelencia.

Al hablar sobre el acontecimiento pascual de Jesús, inmediatamente hacemos referencia a todo el misterio de su pasión, muerte y resurrección. Esto se puede apreciar en el NT, en el que, se la entiende como un único misterio donde se realiza plenamente la salvación (cf. Hch 2, 22-36). De ahí que, para algunos autores, “el misterio pascual es el acontecimiento redentor por excelencia”¹⁰⁴, así como “el corazón del cristianismo”¹⁰⁵.

También se puede decir que el misterio pascual es “la hora de Jesús, la hora del cumplimiento de su misión y el momento de su glorificación que nadie podía anticipar”¹⁰⁶, pues sólo “Jesús sabía que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre” (Jn 13, 1). Al respecto, dirá el Catecismo en su numeral 1169 “la Pascua es la fiesta de las fiestas, Solemnidad de solemnidades, en el cual Cristo ha aplastado a la muerte”.

Entonces con el acontecimiento pascual¹⁰⁷, Cristo reconcilia a Dios con el hombre, el cielo con la tierra, el reino de los vivos con el de los muertos, la eternidad con el tiempo. Él ha vencido la muerte con su propia resurrección, porque, “así como por un hombre vino la muerte, también por un hombre viene la resurrección de los muertos” (Jn15, 21).

¹⁰³ Olegario. *Cristología*, BAC, Madrid 2012, p. 549.

¹⁰⁴ AMATO, Angelo, *Jesús el Señor*, BAC, Madrid, 2009, p. 7.

¹⁰⁵ GONZÁLEZ, Olegario. *Cristología*, BAC, Madrid 2012, p. 170.

¹⁰⁶ RUBIO, Luis. *El Misterio de Cristo en la Historia de la Salvación*, SÍGUEME, Salamanca 2004, p. 353.

¹⁰⁷ Con el acontecimiento pascual, Cristo derrota el poder de la muerte, reconcilia a Dios con el hombre, el cielo con la tierra, el reino de los vivos con el de los muertos, la eternidad con el tiempo (Angelo Amato).

Hay que entender esta última afirmación, no quiere decir que Cristo ha eliminado la realidad de la muerte en el hombre, pues, todos pueden percibir que los seres humanos siguen muriendo; lo cierto es que, “la muerte no ha sido suprimida del mundo, sino que ha cambiada de signo, se ha convertido en puente para una vida definitiva”¹⁰⁸, ya que, “del mismo modo que por Adán mueren todos, así también todos revivirán en Cristo” (1Cor 15, 22).

Entonces, hay un valor salvífico detrás del acontecimiento pascual de Cristo, pues, la realización plena de la salvación y al mismo tiempo su máxima revelación, lo constituye el misterio pascual. Pero, como se afirmó en el primer capítulo, es de valor salvífico universal y definitiva, porque “Cristo no es él sólo, sino que, en cuanto cabeza de la humanidad y del cosmos, nos arrastra tras sí a todos nosotros”¹⁰⁹.

Entonces no existe hombre alguno en el mundo que se encuentre fuera del alcance salvador gratuito de Dios. Así, las palabras “descendió a los infiernos” significa que tras su muerte “Jesús llevó la salvación a los justos del AT que esperaban la redención definitiva en el seno de Abraham: Jesucristo es pues el Salvador de ambos testamentos”¹¹⁰.

3.1. La cruz gloriosa del Salvador.

El Hijo de Dios, nuestro Salvador, no sólo se hizo siervo sino que además vino a dar su vida en rescate por muchos (cf. Mc 10, 45). Él abrazó el dolor, más aún *nuestro dolor*, por amor a Dios y a los hombres, convirtiéndose así en instrumento de salvación. Este amor inmenso lo llevó a negarse a sí mismo y tomando su cruz entregó su vida en rescate de la nuestra, “porque si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, quedará solo, pero si muere dará mucho fruto” (Jn 12, 24).

Esta iniciativa del amor de Dios, la podemos ver con mayor claridad en uno de los textos sagrados de san Juan, a decir, “en esto consiste el amor: no en que hayamos amado a

¹⁰⁸ RUBIO, Luis. *El Misterio de Cristo en la Historia de la Salvación*, SÍGUEME, Salamanca 2004, p. 87.

¹⁰⁹ GONZÁLEZ, Olegario. *Cristología*, BAC, Madrid 2012, p. 172.

¹¹⁰ Carlos. *Él es nuestra Salvación. Cristología y Soteriología*, CELAM, Colombia 1991, p. 75.

Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo como víctima de expiación, para el perdón de nuestros pecados” (1Jn 4, 10).

Además, se puede decir que en el acontecimiento de la crucifixión, en la imagen del Hijo clavado en la cruz, tenemos en verdad “la imagen cristiana de un Dios que manifiesta su omni-debilidad y cuya mano fuerte se ha convertido en brazo extendido en el madero por la reconciliación del mundo”¹¹¹. Entonces la escena dolorosa de la inmolación en la cruz, no es cualquier sacrificio, sino que, como dirá SESBOÜÉ Bernard: es “una ofrenda obediente de sí mismo que toma cuerpo en la totalidad del ser humano, cuyo destino mortal quedó marcado por el pecado”.

Cristo ha vencido a la muerte, como ya se ha dicho; del mismo modo, nosotros, por el bautismo en Jesucristo, venceremos a la muerte, pues, “Dios, que resucitó al Señor, nos resucitará también a nosotros mediante su poder” (1Cor 6, 14), como también venceremos al pecado “pues el pecado no volverá a dominarnos, ya que no estáis a merced de la ley, sino bajo la gracia de Dios” (Rm 6, 14).

Entonces, se puede decir que en la cruz de Cristo, sobre todo en su vida ofrendada en ella por amor, “hemos recobrado la amistad con Dios”¹¹². Más aún, la victoria de Cristo sobre la muerte, nos ha abierto el camino de acceso a la vida misma de Dios, pues, “Cristo Jesús se ha ofrecido a sí mismo en la cruz y se ofrece continuamente en la celebración eucarística por la salvación de la humanidad para gloria del Padre”¹¹³.

Ahora bien, se puede ver que “en el sacrificio de Jesús la oración, la súplica y la ofrenda doliente de su obediencia no forman más que una sola cosa”¹¹⁴. En Él la oración y la súplica dolorosa fue escuchada hasta el punto que fundamenta la intercesión eterna del resucitado, “de

¹¹¹ SESBOÜÉ, Bernard. *Jesucristo el Único Mediador. Ensayo sobre la redención y la salvación*, CERVANTES, Salamanca 1990, p. 278.

¹¹² RUBIO, Luis. *El Misterio de Cristo en la Historia de la Salvación*, SÍGUEME, Salamanca 2004, p. 88.

¹¹³ DENZINGER – HÜNERMANN. *El Magisterio de la Iglesia*, HERDER, Barcelona, 1999, n. 4852.

¹¹⁴ SESBOÜÉ, Bernard. *Jesucristo el Único Mediador. Ensayo sobre la redención y la salvación*, CERVANTES, Salamanca 1990, p. 330.

ahí que pueda también salvar definitivamente a los que por Él se llegan a Dios, ya que siempre está vivo para interceder en su favor” (Heb 7, 25).

Si tales son los beneficios y la riqueza que nos aguarda en la cruz gloriosa de Cristo, hagamos nuestra las palabras de san Pablo “¡Dios me libre de presumir si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo!” (Ga 6, 14). Nunca se debe olvidar que en la cruz hemos sido

devueltos a la vida y que el amor pleno del Hijo ha redimido nuestra condena, por eso, quien posee la cruz *posee un tesoro*¹¹⁵, así lo dirá san Andrés de Creta, obispo.

Se va ahondando más, como se puede apreciar, en la grandeza del misterio de la cruz; grandeza porque ella fue digna de sostener al Rey y Señor de los cielos, además que en ella se nos rescató de la muerte para una vida plena en Cristo. Entonces:

- La cruz “acontecimiento de la caridad divina, no es un instrumento de castigo divino, sino un altar de propiciación y de perdón”¹¹⁶. Pues, aunque fue hecho “pecado por nosotros” (2Cor 5, 21), también es verdad que se convirtió en “sabiduría, justicia, santificación y redención” (1Cor 1, 30). Por esto, *la cruz es cosa grande y preciosa*¹¹⁷.
- La cruz es fuerza de Dios (1Cor 1, 18), esta es la certeza de los cristianos que viven convencidos de que en verdad han sido salvados por Cristo, pues en la cruz fueron demolidas las cadenas de la condena mortal, convirtiéndose así, en salvación universal para todo el mundo; a decir, “se ha convertido de suplicio infamante en acontecimiento salvífico, que incluye un anuncio original de amor; la cruz es, pues, teofanía del amor de Cristo que ha aceptado libremente su pasión antes de padecerla”¹¹⁸.
- La cruz es llamada también gloria y exaltación de Cristo, esto lo podemos percibir concretamente en el evangelio de Juan: “dijo Jesús. Ahora ha sido glorificado el

¹¹⁵ Y, al decir, un tesoro, quiero significar con esta expresión a aquel que es, de nombre y de hecho, el más excelente de todos los bienes, en el cual, por el cual y para el cual culmina nuestra salvación y se nos restituye a nuestro estado de justicia original. (San Andrés de Creta. Sermón 10, sobre la Exaltación de la santa cruz. “*La cruz es la gloria y exaltación de Cristo*”).

¹¹⁶ AMATO, Angelo. *Jesús el Señor*, BAC, Madrid, 2009, p. 595.

¹¹⁷ Grande, porque ella es el origen de innumerables bienes; preciosa, porque la cruz significa a la vez el sufrimiento y el trofeo del mismo Dios: el sufrimiento, porque en ella sufrió una muerte voluntaria; el trofeo, porque en ella quedó herido de muerte el demonio y, con él, fue vencida la muerte. (San Andrés de Creta. Sermón 10, sobre la Exaltación de la santa cruz. “*La cruz es la gloria y exaltación de Cristo*”).

¹¹⁸ AMATO, Angelo. *Jesús el Señor*, BAC, Madrid, 2009, p. 595.

Hijo del hombre y Dios ha sido glorificado en Él. Si Dios ha sido glorificado en Él, Dios también le glorificará en sí mismo y le glorificará pronto” (Jn 13, 31). Y “cuando yo sea elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí” (Jn 12, 32). La cruz, entonces, es gloria y exaltación de Cristo.

- Por último, la cruz de Cristo rescata el árbol de la desobediencia de Adán, pues, es la *única reparación verdadera y sobreabundante*¹¹⁹ que el hombre podía dar a Dios. “En ella se cumple la reconciliación perfecta entre el hombre y Dios, y la restauración y la divinización definitiva de la humanidad”¹²⁰.

3.2. La muerte de Jesús en la cruz como expiación.

Jesús de Nazaret ha ido a la muerte con plena conciencia, Él mismo ha hecho anuncio de su pasión, “Jesús comenzó a enseñarles que el Hijo del hombre debía sufrir mucho y ser reprobado por los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas, que le matarían y que resucitaría a los tres días” (Mc 8, 31).

Pero no sólo con plena conciencia, sino que también con plena libertad, “por eso me ama el Padre, porque doy mi vida para recobrarla de nuevo. Nadie me la quita, yo la doy voluntariamente” (Jn 17-18). Esta conciencia y esta libertad de Jesús, da a su muerte “un carácter pascual”¹²¹.

Ahora bien, Jesús, cumpliendo el mandato recibido de su Padre, se entregó libremente a la muerte en la cruz, “meta del camino de su existencia”¹²², así lo confirma el texto de san Juan: “el mundo ha de saber que amo al Padre y que obro según el Padre me ha ordenado” (Jn 14,

¹¹⁹ Porque, sin la cruz, Cristo no hubiera sido crucificado. Sin la cruz, aquel que es la vida no hubiera sido clavado en el leño. Si no hubiera sido clavado, las fuentes de la inmortalidad no hubiesen manado de su costado la sangre y el agua que purifican el mundo. Sin la cruz, no hubiera sido derrotada la muerte, ni despojado el lugar de los muertos. (San Andrés de Creta. Sermón 10, sobre la Exaltación de la santa cruz. “*La cruz es la gloria y exaltación de Cristo*”).

¹²⁰ AMATO, Angelo. *Jesús el Señor*, BAC, Madrid, 2009, p. 602.

¹²¹ RUBIO, Luis. *El Misterio de Cristo en la Historia de la Salvación*, SÍGUEME, Salamanca 2004, p. 352.

¹²² DENZINGER – HÜNERMANN. *El Magisterio de la Iglesia*, HERDER, Barcelona, 1999, n. 4615.

31). Entonces, se puede ver que es el Padre quien entrega a su Hijo por amor “tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo unigénito, para que todo el que cree en Él no perezca, sino que tenga vida eterna” (Jn 3, 16). Queda claro, por tanto, que es Jesús quien en plena obediencia a su Padre, se dirige libremente al encuentro de la muerte.

Pero ¿cómo presenta o explica el NT al acontecimiento de la muerte de Jesús? Como “rescate por muchos” (Mt 20, 28), “rescate por todos” (1Tim 2, 6), “se entregó por nosotros a fin de rescatarnos” (Tit 2, 14). Por tanto, “la redención de Cristo, único mediador entre Dios y los hombres, fundamenta su eficacia en la propia muerte, que es liberación de la humanidad entera de todo pecado y de toda iniquidad”¹²³.

Por otro lado, algunos ven en la muerte de Jesús, un acontecimiento de expiación y propiciación; pongamos en claro desde ya que “la doctrina sobre la muerte expiatoria de Cristo no es evangélica, sino sólo paulina”¹²⁴. Al respecto se presenta dos textos que pueden ayudar a entenderlo: “habiéndose ofrecido una sola vez para quitar los pecados de la multitud” (Hb 9, 28) y “tuvo que asemejarse en todo a sus hermanos, para ser un sumo sacerdote misericordioso y fiel en lo que toca a Dios, y expiar los pecados del pueblo” (Hb 2, 17).

Tal expiación, para los mortales, fue del todo perfecta y absoluta¹²⁸, pero ¿qué entendemos por expiación? Dicho término indica el poder de que goza Cristo para liberar a los hombres de sus pecados y para reconciliarlos con Dios; de ahí que, pueda también salvar definitivamente a los que por él se llegan a Dios, pues, Él está siempre vivo para interceder en nuestro favor; entonces, Él se constituye como “víctima propiciatoria por nuestros pecados; pero no sólo por los nuestros, sino por los del mundo entero” (1Jn 2, 2).

Anteriormente se dijo que san Pablo es quien concretamente desarrolla la doctrina de la muerte de Jesús como expiación. Pero además de ello, el apóstol presenta a Jesús como

¹²³ AMATO, Angelo. *Jesús el Señor*, BAC, Madrid, 2009, p. 598.

¹²⁴ DENZINGER – HÜNERMANN. *El Magisterio de la Iglesia*, HERDER, Barcelona, 1999, n. 3438.

¹²⁸ DENZINGER – HÜNERMANN. *El Magisterio de la Iglesia*, HERDER, Barcelona, 1999, n. 3339.

propiciación, a decir, “Dios exhibió a Jesús como instrumento de *propiciación*¹²⁵ a través de su propia sangre, para recibir el perdón mediante la fe” (Rm 3, 25).

Ángelo Amato, por su parte, considera que el término “reparación” es una categoría más general y abierta para interpretar el múltiple contenido teológico de la pasión de Cristo, que la Escritura y la Tradición eclesial presentan de manera diversa. “Con el término *reparación* se estaría abarcando todo lo que hay de común en los términos de redención, satisfacción, mérito, sacrificio, caridad, liberación, expiación”¹²⁶.

Entonces va quedando claro que, en Jesús, el Cristo, se reveló y se cumplió plenamente el verdadero sentido de los sacrificios de expiación, por ello, se puede decir con razón que Él es mediador, intercesor y reconciliador, pues fue entregado por nuestros pecados, pero resucitado para nuestra justificación (cf. Rm 4, 25), reconciliándonos con Dios.

Un aspecto a resaltar en este punto es el “carácter sacerdotal que caracteriza a la misión expiatoria de Cristo”¹²⁷, así lo presentan dos textos del libro de los Hebreos: “tuvo que asemejarse en todo a sus hermanos, para ser un sumo sacerdote misericordioso y fiel en lo que toca a Dios, y expiar los pecados del pueblo” (Heb 2, 17) y “Él penetró en el santuario una vez para siempre, presentando su propia sangre. De este modo consiguió una liberación definitiva” (Heb 9, 12).

Por lo tanto, la muerte de Cristo, “fue la consumación de su vida, donde encontró la forma y medida de su perfección”¹²⁸. Se puede decir, entonces, que Cristo con su muerte devuelve al Padre una humanidad hecha obediente en el Espíritu, pues, si por la desobediencia

¹²⁵ El propiciatorio era el lugar donde se hacía la aspersión de sangre. Lo mismo que el propiciatorio era rociado con la sangre de las víctimas, también el cuerpo de Cristo, nuevo propiciatorio establecido por Dios, se cubrió de su propia sangre derramada.

¹²⁶ AMATO, Angelo. *Jesús el Señor*, BAC, Madrid, 2009, p. 601.

¹²⁷ SESBOÛÉ, Bernard. *Jesucristo el Único Mediador. Ensayo sobre la redención y la salvación*, CERVANTES, Salamanca 1990, p. 328.

¹²⁸ CASTRILLO, Tomas. *Jesucristo Salvador. La persona, la doctrina y la obra del Redentor*, BAC, Madrid 1957, p. 365.

de Adán hemos perdido la amistad con Dios, en la obediencia del Hijo la hemos recobrado de una vez para siempre. De ahí que, al parecer, “únicamente la muerte sacrificial de Jesús es el fundamento de la salvación, cuando ya el Jesús pre-pascual la había anunciado y realizado personalmente”¹²⁹.

Entonces, la muerte de Jesús, es verdadero acontecimiento salvífico, que abre al hombre el acceso a la redención y a la verdadera comunión con Dios. Es verdadero sacrificio de amor que redime, pues, está en el amor del Padre “la prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros” (Rm 5, 8) y del Hijo “vivid en el amor, tal como Cristo os amó y se entregó por nosotros como oblación y víctima de suave aroma” (Ef 5, 2) por la salvación de la humanidad.

3.3. La pasión y muerte de Jesús “merecen” nuestra Salvación.

Por la condición de pecado, los hombres están abocados a vivir en el alejamiento del amor del Padre, situación que sumerge en la desesperanza y sobre todo en una profunda angustia del desconsuelo. Pero “Dios de toda consolación” (2Co 1, 3), viendo su dolor y su situación de esclavitud, se compadeció en Cristo, su Hijo único. “Él no vence sólo para Él, pues es el hombre que nos lleva a todos consigo”¹³⁰. Por ello, es el Salvador que ofrendando su vida en una cruz se hizo esperanza de salvación para la humanidad.

Ahora bien, Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras (1Cor 15, 3). Pero ¿qué nos quiere decir san Pablo con tal afirmación?, se puede ver en dos partes. Primero, la expresión “por nosotros” es la clave de lectura del acontecimiento Cristo en su globalidad, sobre todo de su misterio pascual. Segundo, “según las Escrituras”, con esto, se ve que la muerte de Jesús entra en el plan misericordioso de Dios, anunciado en el AT a través del sacrificio de expiación.

¹²⁹ WERBICK, Jürgen. *Soteriología*, HERDER, Barcelona 1992, p. 136.

¹³⁰ RUBIO, Luis. *El Misterio de Cristo en la Historia de la Salvación*, SÍGUEME, Salamanca 2004, p. 136.

Entonces, “la pasión y la cruz fueron el camino propuesto por el Padre y elegido por Cristo, todo lo demás se unió en ese abismo de amor para engrosar el caudal infinito de los merecimientos de Jesús”¹³¹. Es más, la verdadera motivación de la muerte de Jesús es la misma que la de la encarnación, la caridad de Dios que se manifiesta en la historia a través de la misericordia y el perdón.

De ahí que, “la encarnación del Verbo alcanza su culmen de acontecimiento salvífico en el misterio doloroso y glorioso a la vez de la pasión, muerte y resurrección de Jesús”¹³². Por eso, la pasión de Cristo debería ayudar a descubrir cuánto nos ama Dios y por ende cuánto deberíamos amarlo.

La pasión, entonces, no se trata de un acontecimiento humano simplemente trágico, sino de una concreta iniciativa salvífica del Hijo. Él ha querido, por amor, sacarnos del abismo al cual estábamos sumergidos por nuestros pecados; de ahí que, la sangre de Cristo expresa no sólo la muerte de Él en la cruz, sino “su entrega y total inmolación, hecho él mismo precio de nuestro rescate; y con él, en él y por él toda la humanidad, ofrecida a Dios en satisfacción por el pecado”¹³³

En palabras de san Juan se dirá que Jesús es el verdadero Cordero Pascual, cuya sangre salva al hombre del pecado (Jn 1, 17, 29; 19, 36), así, Él es quien realiza su propio “paso de este mundo al Padre” (su pascua), salvando al hombre de los pecados¹³⁴

. Él es, pues, nuestro Salvador, el que ha vencido a todo lo que amenaza como abismo o como muerte, “Él

¹³¹ CASTRILLO, Tomas. *Jesucristo Salvador. La persona, la doctrina y la obra del Redentor*, BAC, Madrid 1957, p. 421.

¹³² AMATO, Angelo. *Jesús el Señor*, BAC, Madrid, 2009, p. 587.

¹³³ CASTRILLO, Tomas. *Jesucristo Salvador. La persona, la doctrina y la obra del Redentor*, BAC, Madrid 1957, p. 409.

¹³⁴ RUBIO, Luis. *El Misterio de Cristo en la Historia de la Salvación*, SÍGUEME, Salamanca 2004, p. 136.

ha establecido los contenidos y ejercerá los criterios de la verdad de Dios (juicio)”¹³⁵, el que ha reunido definitivamente al hombre con Dios.

CAPÍTULO TERCERO

III. LA RESURRECCIÓN DE JESÚS “MISTERIO DE SALVACIÓN” Y SU PRESENCIA REAL EN LA IGLESIA “SACRAMENTO DE SALVACIÓN”

“El encuentro decisivo entre el dinamismo del amor de Dios, entregándose en su Hijo, y el del pecado no acaba con la muerte de Cristo en la cruz, sino en su resurrección, en su victoria divina sobre la muerte”¹³⁶. Entonces, la muerte no pronuncia la última palabra, sino la vida, la verdadera, que es unión y participación a Dios vivo.

La resurrección de Jesucristo ha sido siempre el tema central, tanto de los evangelios como de la predicación de las primeras comunidades cristianas, de ahí que se constituya en el dogma fundamental de la Iglesia. En ella se sigue anunciando con viva y sólida fe que el Salvador vive, pues, como dirá san Pablo: “si no resucitó Cristo, nuestra predicación es vana, y vana también nuestra fe” (1Cor 15, 14).

Ahora bien, se puede intuir que exponer el acontecimiento de la resurrección no será una tarea de fácil realización, pues, constituye uno de los misterios más impenetrables de Jesucristo. Aun así, se considera de suma importancia desarrollarla, ya que, “Cristo, con su resurrección, destruyó la muerte con su muerte y nos dio la vida”¹³⁷. Además, si el primer

¹³⁵ GONZÁLEZ, Olegario. *Cristología*, BAC, Madrid 2012, p. 174.

¹³⁶ LOUIS, Richard. *El Misterio de la Redención*, PENÍNSULA, Madrid 1966, p. 305.

¹³⁷ DENZINGER – HÜNERMANN. *El Magisterio de la Iglesia*, HERDER, Barcelona, 1999, n. 4322.

capítulo se ha iniciado con el misterio de la encarnación, que de por sí es insondable en su plenitud, ahora se debe finalizar con el acontecimiento salvífico del Resucitado, que es “la consumación trascendente de la encarnación y de la vida y muerte de Dios-hombre”¹³⁸.

Otro aspecto que no se puede obviar, cuando se habla del Salvador, es la realidad de la Iglesia, “cuya misión esencial, siguiendo la de Cristo, es una misión evangelizadora y salvífica”¹³⁹. Además, la Iglesia, siguiendo a su Señor que “vino al mundo para salvar a los pecadores” (1Tim 1, 15), quiere la salvación de todos los hombres.

Entonces, son dos los aspectos que en este último capítulo se pretende desarrollar por las razones ya expuestas: se buscará exponer y enfocar la resurrección como un acontecimiento real y salvífico, para luego presentar a la Iglesia como misionera de la salvación y lugar de encuentro con el Salvador que realmente vive en ella.

3. El acontecimiento de la Resurrección.

Jesús ha resucitado realmente (Lc 24, 6), es el mismo de antes, con sus mismos rasgos, con su mismo cuerpo que se puede palpar y que al mismo tiempo conserva las señales del sufrimiento, así lo presenta el evangelio: “acerca aquí tu dedo y mira mis manos; trae tu mano y métela en mi costado” (Jn 20, 27).

¹³⁸ GONZALEZ, Manuel. *Cristo, el Misterio de Dios. Cristología y soteriología*, BAC, Madrid 1976, p. 281.

¹³⁹ DENZINGER – HÜNERMANN. *El Magisterio de la Iglesia*, HERDER, Barcelona, 1999, n. 4755.

Jesús es el Hijo obediente que en el cumplimiento pleno de la voluntad salvífica de su Padre, nos ha merecido la redención y la salvación de los hombres. Por eso, “el Padre resucita al Hijo, lo establece como cabeza de su cuerpo que es la Iglesia, lo constituye Señor del mundo y de la historia. Su resurrección es signo y prenda de la resurrección a la que todos estamos llamados”¹⁴⁰.

De ahí que, el consuelo y la esperanza del hombre nuevo, renacido y levantado por el amor salvífico del Padre, se fundamenta en una persona que vive realmente, Cristo Jesús, el Hijo de Dios, pues, “sabemos que Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no vuelve a morir, y que la muerte carece ya de poder sobre Él” (Rm 6, 9).

3.1. Naturaleza de la Resurrección.

La proclamación de la resurrección es el punto central del *Kerigma*, el fundamento firme de nuestra esperanza, ya que, “si creemos que Jesús murió y resucitó, de la misma manera Dios se llevará consigo a quienes murieron en Jesús” (1 Ts 4, 14). Entonces la fe en la resurrección es la base de la salvación del hombre, porque “si confieras con tu boca que Jesús es el Señor y crees en tu corazón que Dios le resucitó de entre los muertos, serás salvado” (Rm 10, 9).

Ahora bien, Cristo, el Salvador enviado por el Padre, en su resurrección “ha revelado al Dios de amor misericordioso, precisamente porque ha aceptado la cruz como vía hacia la resurrección”¹⁴¹. Entonces, en su resurrección ha triunfado en verdad el amor sobre la muerte; el Resucitado, por tanto, se constituye en la fuente inagotable del amor misericordioso que es más fuerte que el pecado, por eso, quienes se acercan a saciarse de esta fuente, se renueva la esperanza de la resurrección futura.

¹⁴⁰ DENZINGER – HÜNERMANN. *El Magisterio de la Iglesia*, HERDER, Barcelona, 1999, n. 4616.

¹⁴¹ HERDER, Barcelona, 1999, n. 4681.

Se dijo, además, que Cristo vive por el poder de Dios (cf. 2Cor 13, 4), poder que va unido también con el Espíritu Santo, así lo muestra San Pablo: “Y si el Espíritu de Aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, Aquel que resucitó a Cristo de entre los muertos dará también la vida a vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que habita en vosotros” (Rm 8, 11). Entonces la acción del Espíritu se sitúa en toda su plenitud en la resurrección, por eso, quien anima la nueva vida de Jesús es ahora el Espíritu.

Ahora bien, ¿qué se entiende por resurrección en sí? ¿A qué hace referencia? ¿Cómo explicar un acontecimiento que nadie ha presenciado? Más aún ¿Cómo se expondría en una forma tan clara dicho fenómeno? En fin, son muchas las preguntas que al respeto se podría plantear, mucho más es el atrevimiento que pretenda explicarlo cabalmente, aun así, dígase algo a grandes rasgos, ya que este gran misterio tiene gran relevancia dentro del plan divino de la salvación.

Ante todo, la resurrección es un acontecimiento real “tan real como el de su muerte en la cruz, pero distinto de éste; ambos eventos se contraponen y se complementan”¹⁴², así lo expresa san Pablo: “Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras, que fue sepultado y que resucitó al tercer día, según las Escrituras” (1Co 15, 3-4).

Es, además, el “complemento y, en consecuencia, un postulado de su muerte”¹⁴³, pues, el propio Jesús es quien, al anunciar su muerte, añade siempre el augurio reconfortante de su resurrección al decir, “el Hijo del hombre debe sufrir mucho, lo matarán y resucitará al tercer día” (Lc 9, 22).

Por otro lado, es el “sello definitivo, puesto por Dios a su obra. Es la revelación última, plena y definitiva, de que Él es y en Él está la victoria sobre la muerte, la Resurrección y la vida, la salvación de los hombres”¹⁴⁴. Por eso, en el pensamiento de los apóstoles, la resurrección no

¹⁴² GONZALEZ, Manuel. *Cristo, el Misterio de Dios. Cristología y soteriología*, BAC, Madrid 1976, p. 302.

¹⁴³ CASTRILLO, Tomas. *Jesucristo Salvador. La persona, la doctrina y la obra del Redentor*, BAC, Madrid 1957, p. 386.

¹⁴⁴ RUBIO, Luis. *El Misterio de Cristo en la Historia de la Salvación*, SÍGUEME, Salamanca 2004, p. 307.

es la supervivencia del recuerdo de su Maestro, sino “el traspaso de Jesús en toda la extensión de su totalidad humana, espiritual y corpórea, al estado definitivo de la vida eterna”¹⁴⁵.

Hasta aquí se puede decir, entonces, que la resurrección de Jesucristo implica, “una continuidad y una discontinuidad”¹⁴⁶. Continuidad porque el Resucitado es el mismo Jesús de Nazaret que hace unos días fue clavado en la cruz, “vosotros lo matasteis clavándole en la cruz por manos de unos impíos. Pero Dios lo resucitó” (Hch 2, 23-24); discontinuidad, porque su vida ya no es la misma, ahora es completamente nueva, así lo evidencian los evangelistas, San Lucas por ejemplo: “entonces se les abrieron los ojos y lo reconocieron, pero el desapareció de su vista” (Lc 24, 31).

Además se puede ver que su cuerpo “aun siendo material, se halla transformado, no está sometido a las leyes físicas de la materia”¹⁴⁷, pues, entra incluso a puertas cerradas (Jn 20, 19), aparece y desaparece (Lc 24, 31), adopta una figura distinta (Lc 24, 30-31). Estas afirmaciones son suficientes para ver que Jesús posee una vida nueva y distinta.

San Gregorio Magno, al respecto, consideró que Jesucristo resucitado es de la misma naturaleza, pero de distinta gloria; es el mismo Jesús en la identidad de su individualidad humana completa, pero en una condición de existencia totalmente distinta: celestial y escatológica.

3.2. Significado salvífico de la Resurrección.

La resurrección tiene una significación salvífica de primer orden. Es el acontecimiento clave que se inserta en la historia de la humanidad para su salvación. Esta, “tiene su arranque

¹⁴⁵ GONZALEZ, Manuel. *Cristo, el Misterio de Dios. Cristología y soteriología*, BAC, Madrid 1976, p. 303.

¹⁴⁶ GONZALEZ, Manuel. *Cristo, el Misterio de Dios. Cristología y soteriología*, BAC, Madrid 1976, p. 304.

¹⁴⁷ RUBIO, Luis. *El Misterio de Cristo en la Historia de la Salvación*, SÍGUEME, Salamanca 2004, p. 353.

durante la vida de Cristo y se logra de manera definitiva por su muerte y resurrección”¹⁴⁸. Por eso, es necesario ver el alcance y la profundidad de la resurrección frente a la salvación de los hombres.

Ahora bien, en muchas oportunidades, la resurrección en sí se ha enfocado desde el afán apologético, es decir, con el único propósito de demostrar su veracidad y realidad como hecho ciertamente acaecido en un determinado tiempo de nuestra era. Pocas veces, sin embargo, se ha tenido en cuenta su significación salvífica, ya que solo se la percibía desde la cruz.

José Sayes consideraba que “la resurrección no sólo tiene un valor confirmativo de la divinidad y pretensiones salvíficas de Cristo, sino que es también principio de salvación, principio eficaz para la remisión de nuestros pecados”¹⁴⁹. Por eso, el misterio de la resurrección se puede considerar como acto de salvación, concretamente como el poder salvífico del Padre, en la exaltación del Hijo.

Entonces, la resurrección es un acontecimiento salvífico, que abre las puertas de la esperanza en un futuro de vida, una vida que, desde luego, es en Cristo y con Cristo. Esta experiencia es la que lleva a cimentar, con mayor firmeza, la fe en roca sólida y firme; esto es la esencia de nuestra fe. De ahí que, “si confiesas con tu boca que Jesús es el Señor y crees en tu corazón que Dios le resucitó de entre los muertos, serás salvado” (Rm 10, 9).

Ángelo Amato, por su parte, al desarrollar y considerar la resurrección bajo tres aspectos, ayuda a comprender mejor la significación salvífica de la resurrección:

- Primero. Considera que la resurrección es la **confirmación de la divinidad de Cristo**, que vuelve a su gloria de Hijo del Padre, con su humanidad resucitada.
- Segundo. La resurrección es la **revelación suprema del Dios trinitario**, del Padre que acepta el sacrificio y glorifica al Hijo resucitándolo; del Hijo, que con su encarnación salvífica merece la exaltación gloriosa y del Espíritu Santo, que es espíritu de vida y de resurrección.

¹⁴⁸ HERDER, Barcelona, 1999, n. 4571.

¹⁴⁹ SAYES, José. *Cristología Fundamental*, CETE, Madrid 1985, p. 384.

- Tercero. La resurrección supone la conclusión de la alianza y de la **restauración de la amistad entre Dios y el hombre**, gracias a la cual la vida divina es comunicada como primicia a la naturaleza humana de Cristo, y a través de Él a toda la humanidad; esta es la vida de quien se siente salvado.

Entonces, en la resurrección de Jesús, Dios ha santificado su nombre y ha hecho que se cumpliera su voluntad salvadora; el Verbo ha triunfado sobre el poder del pecado y de la muerte. Además, la “resurrección es la confirmación de nuestra esperanza trascendental de resucitar, es la confirmación y la aceptación de Jesús como salvador absoluto de la humanidad”¹⁵⁰. Por eso, si con la experiencia de la Pasión, nuestras esperanzas pretenden languidecer, es con el Resucitado donde nuestra esperanza no sólo se fortalece, sino que renacen de una vez para siempre.

También san Pablo resalta el valor salvífico de la resurrección cuando dice que Cristo “murió por todos, para que los que viven ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos” (2Cor 5, 15), o que, “fue entregado por nuestros pecados y fue resucitado para nuestra justificación” (Rm 4, 25). Por eso, “el designio del amor redentor, que se ha revelado en la muerte de Cristo, encuentra su culmen en la resurrección”¹⁵¹.

Por último, la resurrección es ante todo, “principio de vida, principio de filiación divina y fundamento de la resurrección corporal de los hombres”¹⁵². Así, “nosotros, por medio del bautismo, nacemos a una vida nueva en Cristo resucitado” (Rm 6, 4). Entonces, como resucitados en Cristo, vivimos para Él, para las cosas de arriba y sobre todo para abrazar con plena libertad su estilo de vida.

¹⁵⁰ AMATO, Angelo. *Jesús el Señor*, BAC, Madrid, 2009, p. 631.

¹⁵¹ SAYES, José. *Cristología Fundamental*, CETE, Madrid 1985, p. 385.

¹⁵² SAYES, José. *Cristología Fundamental*, CETE, Madrid 1985, p. 389.

4. La Iglesia, sacramento de salvación.

La Iglesia tiene la firme y plena voluntad de responder a las inquietudes del ser humano, esto con la Palabra que anuncia y que a la vez le da vitalidad, pero sobre todo con la presencia viva del Resucitado que ilumina y orienta las conciencias de los hombres. Además, “la Iglesia pretende una sola cosa: que venga el Reino de Dios y se instaure la salvación de todo el género humano”¹⁵³.

Ahora bien, la Iglesia existe como “Iglesia de Cristo, en virtud de la resurrección, por la cual Jesús fue constituido Señor y Cristo”¹⁵⁴, en Él se mantiene firme y se congrega para formar un solo rebaño, pues, “aunque somos muchos, no formamos más que un solo cuerpo en Cristo: los unos somos miembros para los otros” (Rm 12, 5).

Por otro lado, se puede decir que la Iglesia “vive en el mundo y se halla constituida por hombres que están en el mundo”¹⁵⁵. De ahí que, “la Iglesia se siente, en verdad, íntimamente solidaria con el género humano y con su historia”¹⁵⁶. Pues, quienes forman parte de la Iglesia, no son de los más selectos de la humanidad, todo lo contrario, son tan ordinarios como cualquier hombre en la tierra. Entonces, no es extraño encontrar en la Iglesia, muchas de las miserias que agobian a la humanidad.

Por lo tanto, “la Iglesia está llamada a manifestar su solidaridad, respeto y amor hacia toda la familia humana, aportando la luz del Evangelio y suministrando, guiada por la acción del Espíritu Santo, las fuerzas salvíficas recibidas por su fundador”¹⁶¹⁵⁷¹⁵⁸. Entonces, la Iglesia

¹⁵³ HERDER, Barcelona, 1999, n. 4345.

¹⁵⁴ GONZALEZ, Manuel. *Cristo, el Misterio de Dios. Cristología y soteriología*, BAC, Madrid 1976, p. 504.

¹⁵⁵ RUBIO, Luis. *El Misterio de Cristo en la Historia de la Salvación*, SÍGUEME, Salamanca 2004, p. 393.

¹⁵⁶ CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II. Constitución Pastoral: *Gaudium et Spes*, 7 de diciembre 1965, n. 157.

¹⁵⁸ DENZINGER – HÜNERMANN. *El Magisterio de la Iglesia*, HERDER, Barcelona, 1999, n. 4303.

es, en definitiva “sacramento universal de salvación”¹⁵⁹¹⁶⁰, que manifiesta constantemente y realiza el misterio del amor de Dios al hombre.

De ahí que, se puede decir que la Iglesia no es un simple grupo de personas o una comunidad de hombres que se ha formado por la simple tendencia de socialización, hay algo más, pues, “en ella está presente el poder de Dios, así lo atestiguan algunos hechos como la efusión del Espíritu, la transformación obrada en la comunidad, los signos realizados, la vida misma de la comunidad”¹⁶¹.

Se puede ver, entonces, que la comunidad de la Iglesia experimenta permanentemente la acción y presencia del Señor resucitado. Por eso, el creyente cristiano debe constantemente procurar un encuentro con Cristo, siendo conscientes que por el bautismo se han incorporado y consagrado a Él. Desde luego, el momento más privilegiado de este encuentro está en la Eucaristía, pues, “comiendo el pan y bebiendo el cáliz, la comunidad se hace una con el Señor y con los hermanos”¹⁶².

4.1. La Iglesia: misionera de la salvación.

La misión fundamental de la Iglesia es difundir, anunciar, pregonar la Buena Noticia de la salvación a los hombres, de ahí que, su misión esencial sea, siguiendo la de Cristo, “una misión evangelizadora a la vez que salvífica”¹⁶³¹⁶⁴. Este afán misionero es la característica más resaltante de la comunidad cristiana, es además, un encargo que el mismo Jesús, durante su vida, les había encomendado, pues, “creó un grupo de doce, para que estuvieran con Él y para enviarles a predicar” (Mc 3, 14); este mismo encargo será ratificado por el Resucitado “del

¹⁵⁹ CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II. Constitución Dogmática: *Lumen Gentium*, 21 de noviembre
¹⁶⁰, n. 48.

¹⁶¹ RUBIO, Luis. *El Misterio de Cristo en la Historia de la Salvación*, SÍGUEME, Salamanca 2004, p. 397- 400.

¹⁶² RUBIO, Luis. *El Misterio de Cristo en la Historia de la Salvación*, SÍGUEME, Salamanca 2004, p. 402.

¹⁶³ CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II. Constitución Dogmática: *Lumen Gentium*, 21 de noviembre

¹⁶⁴, n. 17.

Espíritu Santo recibiréis una fuerza que os hará ser mis testigos hasta los confines de la tierra” (Hch 1, 8). Por eso, junto con san Pablo digamos ¡Hay de mi si no evangelizara!

La evangelización que cumple la Iglesia, entonces, es “don de Dios, anuncio de la salvación, pues, quiere al igual que su Señor, la salvación de todos los hombres”¹⁶⁵. Este anuncio, sin embargo, no es mera palabra humana sino una auténtica Palabra de Dios (1Tes 2, 13), que “conservándola siempre en el corazón y aplicándolas a las experiencias y sufrimientos propios de la familia humana, ha de dar constante testimonio de la misericordia de Dios, siguiendo las mismas huellas de Cristo”¹⁶⁶.

Además, se puede decir que es una palabra que en la Iglesia y a través de ella actúa la fuerza de Dios, realizando lo que anuncia, así lo enseña san Pablo cuando dice: “apoyando mi palabra y mi predicación no en persuasivos discursos de sabiduría, sino en la demostración del Espíritu y de su poder, para que vuestra fe no se fundase en la sabiduría humana, sino en el poder de Dios” (1Cor 2, 4-5).

Entonces, la misión de la Iglesia es continuación de la misión de Jesús, “como tú me enviaste al mundo, así yo los envié a ellos al mundo” (Jn 17, 18). Y la misión de Jesús es anunciarnos el evangelio que salva. De ahí que, la Iglesia busca el bienestar del hombre en todos sus aspectos, pues, asistida por el Espíritu Santo, busca guiar y orientar a la humanidad entera a la salvación.

Por eso, la Iglesia como instrumento de salvación y sobre todo para ofrecer a todos la salvación y la vida que nos trae el Señor, “debe introducirse en todos los grupos humanos con el mismo impulso con que Cristo, por su encarnación, se unió a aquel ambiente social y cultural

¹⁶⁵ INSTRUCCIÓN DE LA CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Sobre Libertad Cristiana y Liberación*, “La verdad nos hace libres”. Madrid 1986, n. 63.

¹⁶⁶ HERDER, Barcelona, 1999, n. 4685.

de los hombres con quienes vivió”¹⁶⁷. Solo así, “la Iglesia enseñará el camino que el hombre debe seguir en este mundo para entrar en el Reino de Dios”¹⁶⁸.

4.2. La Iglesia. Lugar de encuentro con el Salvador.

Casi toda la humanidad creyente anhela, aunque si bien es cierto de diferente manera, una única Iglesia de Dios, que sea verdaderamente universal, que llegue a los últimos rincones del mundo; que sea, pues, recinto espléndido o lugar propicio, donde el hombre tenga una experiencia radicalmente existencial con su Salvador. Para que así, “el mundo se convierta al Evangelio y así se salve para gloria de Dios”¹⁶⁹.

La Iglesia, en fidelidad al cumplimiento de su misión, irradia luz del Evangelio al mundo, de ahí que se constituya ella misma en luz del mundo; es en esta comunidad de fieles donde el hombre experimenta plenamente una vivencia salvífica. Desde luego, esta experiencia es fruto de la gracia de Dios que, por medio de su Espíritu Santo, concede a los hombres por su Hijo Jesucristo; en consecuencia es cristocéntrica.

¹⁶⁷ CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II. Decreto: *Ad Gentes*, n. 10.

¹⁶⁸ DENZINGER – HÜNERMANN. *El Magisterio de la Iglesia*, HERDER, Barcelona, 1999, n. 4756.

¹⁶⁹ DENZINGER – HÜNERMANN. *El Magisterio de la Iglesia*, HERDER, Barcelona, 1999, n. 4756.

Pero es al mismo tiempo personal y comunitario: porque “marca profundamente en el corazón del creyente una vida nueva, la gracia, la santidad, la filiación divina”¹⁷⁰. Esto, desde luego, se realiza por la participación asidua de la Palabra y de los Sacramentos. Así, el fiel creyente buscará integrarse con mayor compromiso y libertad al “que hacer” de la Iglesia.

Además, se puede decir que es una experiencia integral, porque abarca toda la realidad vivida por el hombre, sus alegrías y tristezas, sus esperanzas y sus desconsuelos. Por eso, el hombre de fe, sabe y es consciente que su vida se fortalece en la fe, la esperanza, la caridad y sobre todo se ahonda más su propia identidad cristiana, siempre y cuando tenga una constante participación en la Iglesia, Pueblo y Rebaño de Dios.

De ahí que, no hay otra forma de cómo el ser humano podría encontrar el sentido de su vida, puesto que en la Iglesia, libre y voluntariamente, el hombre reconoce y acoge la revelación de Jesucristo como el Salvador. Esta es la experiencia que llevará al cristiano a reconocerse y aceptarse como un ser salvado por amor y gracia de Dios.

Ahora bien, “el encuentro con el Resucitado tiene lugar desde la vida de la Iglesia”¹⁷¹. Por eso, es de suma importancia la constante preparación y profundización de los aspectos trascendentales de nuestra fe dentro de la Iglesia. No se puede negar que el mundo seduce al hombre y lo lleva a su propia perdición, alejándolo del amor de Dios, por eso, es necesario fortalecer y recomponer aquellas actitudes que han menguado la firmeza y solidez de la fe, la identidad y sobre todo el compromiso de ser seguidores de Cristo.

Entonces, el encuentro que cotidianamente se tiene con Jesús en la Iglesia, se realiza desde la participación sincera y libre de los sacramentos; se podría decir que se suscita un “encuentro sacramental”. Desde luego, este encuentro acontece en el ámbito de la comunidad; entonces, el encuentro personal se torna en un encuentro con la comunidad eclesial.

Por lo tanto, todos vivimos una experiencia en conjunto de ser salvados en el misterio pascual de Cristo. Vivir con Jesús, es en definitiva, vivir con la Iglesia y en la Iglesia. Una

¹⁷⁰ RUBIO, Luis. *El Misterio de Cristo en la Historia de la Salvación*, SÍGUEME, Salamanca 2004, p. 434.

¹⁷¹ GONZÁLEZ, Olegario. *Cristología*, BAC, Madrid 2012, p. 152.

experiencia privilegiada de esta forma de vida cristológica comunitaria, lo constituye la vida consagrada: es una vida en Cristo y en la Iglesia con una particular misión apostólica en el mundo.

CONCLUSIÓN

Al final del esfuerzo invertido en la investigación, comprensión y redacción de este informe, es conveniente y necesario una reflexión que recapitule los aspectos más resaltantes de los capítulos desarrollados, esto con la finalidad de constituir una especie de resumen, pero que en sí se enfoca en el aspecto aplicativo del tema, procurando, desde luego, responder al objetivo que en la introducción se ha propuesto.

En el Acontecimiento Trinitario de la Encarnación, Dios Padre misericordioso asumió naturaleza humana para llevar a cabo la salvación del mundo, de ahí que, constituya el acontecimiento central de la Historia de la Salvación y el plan original de Dios. Él se encarnó en el seno de la Virgen María para que conociésemos así el amor de Dios, para ser nuestro modelo de vida y santidad, en definitiva, para estar en medio de nosotros.

Entonces, en Cristo y solo en Él, el hombre alcanza y descubre su fuente de realización, se revela de forma definitiva, plena y completamente el rostro de Dios, convergen todos los anhelos del hombre, descansan todos sus afanes y se gozan todos los corazones. Por ello, solo en el Hijo, el hombre alcanza la experiencia del profundo amor del Padre y solo en Él, a la vez, puede manifestarle su amor. Es el lugar personal de encuentro y de diálogo entre la divinidad y la humanidad.

A imagen del Hijo, por lo tanto, el hombre ha de modelar su propia vida, pues, en Él alcanza su plenitud. En Él se halla el camino a la santidad, en sus palabras no solo hay mensaje de esperanza, sino vida y alegría; su vida es inigualable, su amor es perdurable, su bondad no tiene límites; por eso, digámosle con profunda sinceridad ¿a dónde iremos, Señor, si solo tú tienes palabras de vida eterna?

El creyente sabe que la vida terrena no tiene otra razón ni otra finalidad que prepararse para la vida eterna, por eso, la participación en cuanto a su salvación, es necesaria. De ahí que, todos sus afanes deben encaminarse a la luz del proyecto de Dios. Ser salvado, en consecuencia, es vivir plenamente en libertad y en el amor.

Se puede advertir, además, que la salvación contiene un rostro que en la plenitud de los tiempos se manifestó en Jesús, Él es el Señor, es la esperanza, es el amor de Dios encarnado, en Él ninguna medida de cantidad puede definir los límites del amor de Dios; es en definitiva, el Hijo de Dios, el Salvador de la humanidad.

Entonces, la salvación es un hecho de pura gracia que encuentra su única fuente en la iniciativa gratuita del amor del Padre, de ahí que, el conocimiento y la aceptación de su Hijo es gozo para el alma, esperanza para el afligido y vida para el sufriente; pues, su bondad no tiene límites, su misericordia es eterna, su amor nunca cambia, su palabra es permanente, su yogo es fácil y liviana es su carga. Tal es la certeza que tiene que renovar constantemente el corazón humano.

Cristo no solo nos anuncia la salvación, sino que Él mismo es la salvación, Él mismo ha venido para liberar y fortalecer al hombre, renovándolo interiormente y arrojando fuera al príncipe de este mundo (cf. Jn 12, 31). Él ha venido a perdonar nuestras culpas, a sanar nuestras heridas, no podemos sobrevivir sin Él, no podemos sacarlo de nuestra mente y corazón, porque simplemente nos sentimos amados, salvados, perdonados y liberados.

Entonces, Jesús no es una fórmula de fe, sino una persona viviente que siempre está con nosotros en nuestro caminar cotidiano. Por eso, es una presencia real, que existe, que da vida y que es la raíz de nuestro ser. Nuestra vida cristiana tiene su centralidad en Cristo y por Cristo; en Él la vida se ve realizada, se exalta y se refuerza.

De ahí que, para el género humano y su historia, el Salvador de la humanidad tiene un significado y un valor singular y único; sólo de Él propio, exclusivo, universal y absoluto. Por eso, Jesucristo es nuestro Salvador, no sólo por ser el Hijo del Padre, ni sólo por su Encarnación o Resurrección, sino porque participa de nuestra historia humana.

Ahora bien, el misterio pascual de este Salvador es el acontecimiento redentor por excelencia, es el corazón del cristianismo, pues, es la realización plena de la salvación y al mismo tiempo su máxima revelación. Por eso, en el sacrificio de Jesús: la oración, la súplica y la ofrenda doliente de su obediencia no forman más que una sola cosa.

Entonces, la cruz es fuerza de Dios (1Cor 1, 18), esta es la certeza de los cristianos que viven convencidos de que en verdad han sido salvados por Cristo; en Él se reveló y se cumplió plenamente el verdadero sentido de los sacrificios de expiación; por eso, se puede decir con razón que Él es mediador, intercesor y reconciliador.

La muerte de Jesús, en consecuencia, es verdadero acontecimiento salvífico, que abre al hombre el acceso a la redención y a la verdadera comunión con Dios. Por eso, la encarnación del Verbo alcanza su culmen de acontecimiento salvífico en el misterio doloroso y glorioso de la pasión, muerte y resurrección de Jesús. Entonces, la pasión de Cristo debería ayudar a descubrir cuánto nos ama Dios y por ende cuánto deberíamos amarlo.

Ahora bien, el encuentro decisivo entre el dinamismo del amor de Dios y el del pecado no acaba con la muerte de Cristo en la cruz, sino en su resurrección, en su victoria divina sobre la muerte. Es determinante en la vida del hombre seguir anunciando con viva y sólida fe que el Salvador vive.

Entonces, la fe en la resurrección es la base de la salvación del hombre, pues, en tal acontecimiento real ha triunfado en verdad el amor sobre la muerte, el pecado sobre la condena. El Resucitado, por tanto, se constituye en la fuente inagotable del amor misericordioso del Padre; Él es el camino de salvación, la muerte no pudo limitarlo, la tumba no pudo detenerlo, es en verdad y plenamente el Hijo de Dios, el Señor de la historia que en el cumplimiento pleno de la voluntad salvífica de su Padre, nos ha merecido la redención y la salvación de los hombres.

En consecuencia, la resurrección tiene una significación salvífica de primer orden, es el acontecimiento clave que se inserta en la historia de la humanidad para su salvación, es también principio eficaz para la remisión de nuestros pecados. Es un acontecimiento que abre las puertas de la esperanza en un futuro de vida, una vida que, desde luego, es en Cristo y con Cristo.

Por otro lado, la realidad de la Iglesia, cuya misión esencial, siguiendo la de Cristo, es una misión evangelizadora y salvífica, quiere la salvación de todos los hombres. Por eso, su misión fundamental es difundir, anunciar, pregonar la Buena Noticia de la salvación a los hombres. La Iglesia es, en definitiva “sacramento universal de salvación” que manifiesta constantemente y realiza el misterio del amor de Dios al hombre.

De ahí que, como Iglesia de Cristo, debe introducirse en todos los grupos humanos con el mismo impulso con que Él, por su encarnación, se unió a aquel ambiente social y cultural de los hombres con quienes vivió.

Debe, además, en fidelidad al cumplimiento de su misión, irradiar luz del Evangelio al mundo, ser el lugar de encuentro entre el amor misericordioso del Creador y la miseria del hombre, ser el lugar donde, libre y voluntariamente, el hombre reconoce y acoge la revelación de Jesucristo como el Salvador. Esta es la experiencia que llevará al cristiano a reconocerse y aceptarse como un ser salvado por amor y gracia de Dios.

BIBLIOGRAFÍA

AMATO, Ángel. *Jesús el Señor*, BAC, Madrid, 2009.

BOFF, Leonardo. *Jesucristo el Libertador. Ensayo de cristología crítica para nuestro tiempo*, SAL TERRAE, España, s.d.

CANTALAMESSA, Raniero. *Jesucristo el Santo de Dios*, PAULINAS, Madrid, 1990.

CASTRILLO, Tomas. *Jesucristo Salvador. La persona, la doctrina y la obra del Redentor*, BAC, Madrid, 1957.

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA. *Nueva Edición conforme al texto latino oficial de 1997*. EPICONSA.

CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II. Constitución Dogmática: *Lumen Gentium*, 21 de noviembre 1964.

CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II. Constitución Pastoral: *Gaudium et Spes*, 7 de diciembre 1965.

CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE. Declaración: *Dominus Iesus*, 26 mayo 2002.

DECLARACIÓN DE LA CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE. Sobre el aborto. 18 de noviembre de 1974.

DENZINGER – HÜNERMANN. *El Magisterio de la Iglesia*, HERDER, Barcelona, 1999.

DUPUIS, Jacques. *Introducción a la Cristología*, VERBO DIVINO, Navarra, 1998.

FRANCO, César. *Jesucristo, su persona y su obra. En la Carta a los Hebreos*, CIUDAD NUEVA, Madrid, 1992.

GONZÁLEZ, Carlos. *Él es nuestra Salvación. Cristología y Soteriología*, CELAM, Colombia, 1991.

GONZALEZ, Manuel. *Cristo, el Misterio de Dios. Cristología y soteriología*, BAC, Madrid, 1976.

GONZÁLEZ, Olegario. *Cristología*, BAC, Madrid, 2012.

GONZÁLEZ de CARDEDAL, GONZÁLEZ FAUS, RATZINGER. *Salvador del Mundo. Historia y actualidad de Jesucristo*, SECRETARIADO TRINITARIO, Salamanca, 1997.

INSTRUCCIÓN DE LA CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Sobre Libertad Cristiana y Liberación*, “La verdad nos hace libres”. Madrid, 1986.

JUAN PABLO II, Carta encíclica: *Fides et Ratio. Sobre las relaciones entre la fe y la razón*. EPICONSA, 14 de septiembre, 1998.

JUAN PABLO II, Carta encíclica: *Redemptoris Missio*, 7 de diciembre, 1990.

LOUIS, Richard. *El Misterio de la Redención*, PENÍNSULA, Madrid, 1966.

LUNEAU, Rene. *Jesús, el hombre que “evangelizó” a Dios*, SAL TERRAE, París, 1999.

ROYO, Antonio. *Teología de la Salvación*, BAC, Madrid, 1965.

RUBIO, Luis. *El Misterio de Cristo en la Historia de la Salvación*, SÍGUEME, Salamanca, 2004.

SAYES, José. *Cristología Fundamental*, CETE, Madrid, 1985.

SESBOÜÉ, Bernard. *Jesucristo el Único Salvador. Ensayo sobre la redención y la salvación*, CERVANTES, Salamanca, 1990.

URÍBARRI, Gabino. *La Singular Humanidad de Jesucristo. El tema mayor de la cristología contemporánea*, COMILLAS, Madrid, 2008.

WERBICK, Jürgen. *Soteriología*, HERDER, Barcelona, 1992.